



EL NUDO QUE TEJE LA RED (Ocho escritores serranos en la guerra civil española)

Manuel Moya

La guerra civil es el nudo capital de nuestro siglo XX, pero es también el episodio trágico y último -por el momento- de una crisis sobre el concepto de España que se remonta al barroco y que se manifiesta tanto en el pesimismo existencial, cuanto en la paulatina crisis de la idea nuclear de España. Este proceso erosivo tiene su comienzo en el barroco con la pérdida de las posesiones europeas y continúa, consagrada la decadencia, en el proceso libertador que sacude a América a finales a principios del XIX, que se cerrará aparentemente con la debacle de las últimas colonias, a finales del XIX lo que, unido a las convulsiones sociales e ideológicas que sacuden a la vieja Europa, dará paso a una crisis de identidad sin par en nuestra historia, abriéndose una fractura cada vez más profunda entre los distintos conceptos de entender el país: de un lado quienes vindicando el pasado, haciendo oídos sordos al atraso social y económico del país, tratan de volver sobre el viejo papel de potencia moral y militar, que hizo de la vieja y convulsa Iberia, madre de naciones y granero espiritual del mundo; de otro, quienes piensan que una vez tocado fondo, se abre un proceso de regeneración, de re-pensamiento de España y de lo español, para lo cual es necesario plantear un nuevo contrato social y político que garantice la entrada de España en la modernidad social y política; por último, quienes partiendo del fracaso español, consideran que ha llegado el momento de una revisión territorial que implica una revisión del contrato histórico, y del concepto mismo de España y de lo español. Todo lo cual viene a suponer un reajuste sicológico demasiado brusco en nuestro imaginario nacional, que sometido a una situación externa extremadamente complicada, con el auge de los totalitarismos fascistas y socialistas, tendrá como consecuencia una gran implosión, sangriento aperitivo de la gran carnicería de la II Guerra Mundial.



Si me he atrevido a dar estas esquemáticas y acaso discutibles pinceladas, ha sido porque será en este tablero histórico e ideológico donde habrán de jugar (es un decir) los personajes de este poliédrico drama que me propongo narrarles. Ocho, en efecto, serán los personajes que irán apareciendo por estas páginas que no pretenden entrar en la vida de ocho escritores, sino en la de ocho hombres cuya particularidad radica en que, gracias a la escritura, pudieron ilustrar y documentar con rabia, desesperación o miedo, tanto el drama personal de la guerra fratricida, como el larguísimo y angustioso túnel de los exilios. Mi interés por ellos no radica tanto en su condición de escritores, como en su naturaleza de hombres, de manera que no me propongo aquí y ahora reivindicar su herencia literaria, sino reflexionar sobre el patrimonio de dolor y desesperanza que en ellos causó la guerra. Tampoco me uno a ellos en concepto de estricto paisanaje, sino como una manera de acercarme al episodio personal de ocho hombres que yo no he querido elegir, sino que me han sido dados por el delimitado espacio territorial de este trabajo, para a través de ellos y de sus peripecias vitales, tratar de determinar y evaluar los estragos que la guerra civil española dejó en cada uno de los hombres y mujeres a quienes la fatalidad puso en el disparadero español, como hubiera dicho Bergamín. Conviene añadir que mi interés estriba menos en la peripecia con la que cada uno de ellos afrontó el terremoto histórico y sus consecuencias, que en el valor catártico, en el proceso de incertidumbre y angustia en el que todos, vencedores y vencidos, acabaron instalándose. La totalidad de los reunidos se vieron violentados por una situación bélica que partió en dos sus vidas, quedando atrapados en un destino ciertamente dramático. Porque hay que decir que los ocho personajes sobrevivieron a las extremas condiciones en que se desarrolló la contienda. El hecho de que no haya ninguna mujer en este grupo no responde, como puede suponerse, a ningún prejuicio, sino a la simple ausencia de voces femeninas entre los escritores serranos de la época.

I. PRELUDIOS DE LA SIEGA

De los 8 escritores serranos que sufrieron en carne propia la guerra, sólo tres de ellos tenían a su comienzo una cierta relevancia social, literaria o política. Nos referimos al aracenes José Andrés Vázquez, al alajeño Miguel Pizarro Zambrano y al higuereño Fermín Requena, sin olvidar a Fernando

Labrador, cuyos versos juveniles habían tenido cierto eco en los ambientes hispalenses de la venturosa década de los 20, formando parte activa de la revista *Mediodía*. En este análisis no contamos con la figura del arocheno Félix Lunar, quien vivió los prolegómenos y la guerra civil en el exilio norteamericano; como nos relata en *A cielo abierto*, su libro de memorias, tras las sonadas huelgas sostenidas en la Cuenca Minera entre 1913 y 1917, en las que su figura tuvo especial protagonismo, Félix Lunar se marcha a Estados Unidos, donde permanecerá hasta su muerte, acaecida en 1958. No existe, con todo, la menor referencia en su obra al conflicto fratricida que desangra España desde julio de 1936 hasta más allá de abril de 1939.

José Andrés Vázquez, nació en Aracena en 1884 y muy pronto comienza a hacer sus primeros pinitos como periodista en los diarios sevillanos de la mano de sus tíos José Nogales y Chaves Nogales. En 1909 publica la que, para algunos, es su mejor novela, *Ese sol padre y tirano*¹, ambientada en la terrible sequía de 1905, que se cebó especialmente con nuestra comarca; la novela es una visión costumbrista y trágica de la España profunda. El éxito de esta primera novela le hace concebir *Aires de la sierra* (1910), donde continúa el sesgo costumbrista pero se trata sin lugar a dudas de una obra de mucha menor significación literaria. Entre 1909 y 1911, Vázquez se aproximará a las corrientes regionalistas que sobrevuelan el cielo hispano y que impregnarán algunos enclaves sociales de la sociedad andaluza, como es el Ateneo sevillano, del que Vázquez forma parte. De hecho, un editorial suyo de 1909 dictado para el periódico *Fígaro* y titulado *El andalucismo*, marcaría el futuro ideario



José Andrés Vázquez pintado por Gustavo Bacarissas, 1930

¹La última edición disponible de esta novela la publicó la Biblioteca de la Huebra (Jabugo, 2002), junto al opúsculo *Arias Montano*, que es el que da título al libro. Es también muy ilustrativa la recopilación titulada *Artículos*, prologado y seleccionado por Manuel Ruiz Lago (Fund. Blas Infante, Cádiz 1984) donde el lector interesado podrá encontrar un abundante material bio-bibliográfico.



andalucista, como supo ver José María Izquierdo². La antorcha de Vázquez al hablar por vez primera del *Ideal andaluz*, fue tomada por personajes como Blas Infante, Méndez Bejarano o el citado Izquierdo, reunidos en torno al Ateneo sevillano. Su militancia nacionalista lo llevará a firmar una serie de artículos publicados en *El imparcial*, que luego engrosarían *Epistolario Bético* (Sevilla, 1918 y 1919), dando forma a lo más sustancial de un ideario que partía del reconocimiento de Andalucía como nación. Más tarde publicó el artículo *El regionalismo andaluz*³, un artículo donde desarrollaba más extensamente sus tesis andalucistas:

“No existe motivo alguno para que en Andalucía deje de florecer el regionalismo, concretándose en la fórmula de autonomía política conveniente a su progreso libre de las trabas centralistas basadas en el desconocimiento casi integral que el centro tiene del resto de España. Nosotros creemos con firmeza que allí donde se conservan por entero las características de raza, las costumbres, el sentimiento, el concepto mental y demás cualidades que componen el alma de un pueblo, alienta, sin duda, el espíritu regional, sin cohesión acaso, tal vez sin la esperanza inmediata de una concreción eficaz, pero tan real y ostensible, por lo menos, como el de otras porciones del territorio significadas ya por sus resueltas orientaciones regionalistas”.

El hecho de que su conferencia *La reivindicación de Andalucía...*, de 1918, fuera leída ante la Sociedad de Naciones de Ginebra, nos da idea de la significación de la figura del aracenés en el andalucismo histórico. En 1931 se le concederá el premio Mariano de Cavia de periodismo y en 1933, de la mano de Diego Martínez Barrio, futuro presidente de la República, acepta el puesto de Gobernador Civil de Córdoba, puesto en el que se

²Es interesante referir que José Nogales, tío de Vázquez, ya formuló en 1903 la posibilidad del «alma» andaluza en el artículo *Andalucía* publicado en la revista *Alma española*. En el mismo año y publicación apareció, también el artículo «Alma andaluza», que Ángel Manuel Rodríguez Castillo recoge en su *Antología de escritos periodísticos de José Nogales* (Col. Enebro Dip. Prov. Huelva 2000).

³Publicado inicialmente en el diario *El imparcial*, de Madrid, más tarde pasó a formar parte de *Epistolario Bético*, Madrid, 1918-1919. El artículo se reprodujo en *Artículos* (cfr. nota 1).



mantiene tan sólo durante una semana. Ese mismo año participa relevantemente como secretario de la Asamblea Pro-estatuto Andaluz, celebrada en la ciudad califal. Tras alguna vacilación ideológica, en vísperas de la Guerra Civil, asiste a la Asamblea Autonomista con sede en Sevilla, donde se debatirá el futuro Estatuto Andaluz. Como contrapunto a su activismo político, publica novelas y biografías de escaso interés. Al estallar el golpe militar protagonizado por Franco, Vázquez tenía 50 años y su figura, relevante diez años antes, comenzaba a declinar.

No muy distinta es la trayectoria vital e ideológica del poeta, estudioso, maestro y periodista Fermín Requena⁴, nacido en Higuera de la Sierra (1893), donde transcurre su infancia. Con 19 años y recién ganadas las oposiciones, marcha a Algeciras y desde allí a Melilla, haciéndose acreedor de un notable reconocimiento, debido a su activismo pedagógico y cultural. Muy pronto, acaso espoleado por Vázquez, se adhiere a las corrientes regionalistas en boga. En Melilla, dirigirá los diarios *Vida Marroquí* y *El profeta*, en los que trata de conciliar las corrientes africanistas con las andalucistas, como se aprecia en el siguiente texto:

“Pero no se asusten nuestros lectores ante esta palabra *-regionalismo-*, que no es más que un cariño desinteresado a la región, de la misma forma que patriotismo lo es en lo referente a la patria. Y Andalucía *-nuestra región hermosísima y privilegiada donde los dones con que tan pródigamente la ha dotado la Naturaleza constituirían en su seno un Edén maravilloso si no hubieran sido caprichosamente acaparados por las ambiciones de los hombres, seleccionando estúpidamente entre las distintas castas y categorías sociales-* se hace merecedora a que sus hijos todos, sintiendo profunda y amorosamente la sensación de sus más íntimos problemas, se agrupen alrededor de su bandera blanca y verde, como un hermoso *limonero siempre en flor*.”

⁴ El historiador malagueño Manuel Hijano del Río acaba de publicar un trabajo monográfico sobre Fermín Requena, que no hemos tenido la oportunidad de leer, aunque, con anterioridad y muy gentilmente nos avanzó parte de su escritura titulada *Fermín Requena Díaz: Docencia y compromiso*. En todo caso emplazamos al lector a la antología *Flores escogidas*, prologada por Rodolfo Recio y con postfacio de Manuel Hijano, editada por A. L. Huebra (Jabugo, 2000).

Ante este sentimiento humanamente regional; ante la gravedad de los problemas netamente andaluces que el poder central, abandonándolos suicidamente creaba, poco a poco, un estado de cosas tan sumamente revolucionario que sus resultados fatídicos no habían de tardar en cosecharse, arrastrando tras sí grandes y encontrados intereses; ante el caciquismo brutal que ahogaba en su seno esperanzas e iniciativas enjuiciadas sabiamente; y como final, ante el desbarajuste político, judicial y administrativo del centralismo borbónico, que amenazaba acabar poco a poco con todas las fuentes de riqueza de las distintas regiones españolas, un puñado de hombres valientes, enérgicos y decididos con más calidad que número y más fe y entusiasmo que disciplina partidista, levantaron bien en alto la gloriosa bandera de *El Ándalus*, la misma que, orgullosa y triunfante, paseara ante el mundo el caballero Almanzor.[...] He aquí, en pocas líneas, explicado el porqué de la creación en nuestra ciudad de esta *Agrupación Liberalista Andaluza*. Andalucía mira hacia Marruecos con una maternidad por muy pocos comprendida. Y Marruecos, todo Marruecos, también dirige sus ojos cariñosamente hacia la patria de sus gloriosos antepasados”.

Su visión federalista de España y su convicción de un necesario reencuentro entre ambas márgenes mediterráneas, lo condujeron al andalucismo de Infante y Vázquez, con el matiz africanista ya descrito. Vitalista, trabajador y con una capacidad de entusiasmo inusitadas, Requena fue un hombre muy apreciado tanto en Melilla como en los círculos andalucistas, cual se desprende de estas palabras de José M^º Izquierdo: «Cuando la hora de Andalucía suene en el reloj del tiempo, a Requena y a Vida marroquí habrá que agradecer la mitad de las campanadas». Entre medias Requena publica ensayos sobre nuestro pasado musulmán, así como una copiosa relación de libros:

Rincones de la sierra (1916), *Mercedes* (1920), *Entre Rosales...* así como las novelas *Mohammed* (1924), *El milagro* (1932), que conforman una obra de escaso valor, a pesar de lo cual, escritores importantes de la época, como Carmen de Burgos, *la Colombine*, Salvador Rueda o Pemán escriben sobre él.

Fermin Requena
Flores escogidas




Asociación Libreros Huelva

Portada de *Flores escogidas*, de
Fermin Requena

Miguel Pizarro Zambrano⁵ vino a nacer en Alájar en 1897, de donde eran originarios sus padres, aunque a los pocos días se traslada a Granada. Su entorno familiar era progresista y republicano. Su tío materno Blas Zambrano, era un conocido intelectual republicano y krausista, muy amigo de Antonio Machado, con quien fundó en Segovia la Universidad Popular, siguiendo pautas del krausismo de Giner de los Ríos; su hija, María Zambrano, la conocida filósofa española, autora de *Los claros del bosque*, protagonizará un entrecortado e imposible noviazgo con Miguel en los años madrileños de éste. Pizarro pasará su infancia y juventud en Granada, donde ya en la escuela coincide con un chico desbordante e imaginativo que responde al nombre de Federico, quien pronto se hará su inseparable. Con él compartirá, ya adolescente, la tertulia *El rinconcillo*, donde se reunían con Melchor Fdez. Almagro, José Mora Guarnido o José Fez. Montesinos.

En 1917, acabada Filosofía y Letras se marchará a Madrid, para trabajar como periodista, hasta que en 1922 consigue un puesto como profesor de español en Osaka, Japón, al que luego añadirá el de agregado cultural. En Japón, aquejado de soledumbre, comenzará a interesarse por la tradicional cultura nipona, esencial en su trayectoria vital y artística. En su labor docente dará a conocer a nuestros clásicos, así como a las voces emergentes del panorama literario español, entre quienes, naturalmente, figura su amigo Federico; menos conocido es su papel de introductor del flamenco en el archipiélago japonés, al hacer posible la llegada de la Argentinita. Milagroso sobreviviente del



Miguel Pizarro y Federico García Lorca, Granada 1935

⁵Para una más y mejor profundización crítica y biográfica de Miguel Pizarro, conviene consultar el libro *Flecha sin Blanco*, de Águeda Pizarro (Ed. Dip. de Granada, Granada 2004) con abundante material inédito y fotográfico, o *Poesía Reunida*, editado por A. L. Huebra (Zafra, 2005), con prólogos de Manuel Moya y Águeda Pizarro.

gran terremoto de Osaka en 1927 (una ola gigante lo arrojó al mar abandonándose a la muerte, hasta que de forma inusitada la resaca lo devolvió a tierra), Pizarro es destinado a Bucarest en 1929, en cuyo camino es asaltado por un grupo de bandidos manchúes. En la capital rumana celebrará el triunfo de la República el 14 de abril de 1931. El destino de Miguel Pizarro, ya desde la cuna, viene forjado por un continuo transtierro, que Lorca, a quien Pizarro ayuda a ordenar su obra, resume magistralmente en un poema, *Flecha sin blanco*, dedicado al amigo en libro *Canciones*⁶:

¡Miguel Pizarro!
¡Flecha sin blanco!

¿Dónde está el agua
para su cisne blanco?
El Japón es un barco
de marinos antipáticos.
Un aluna y mil faroles.
Sueño de papel pintado.

Entre la roca y la seda,
¡la roca! Miguel Pizarro.
La seda reluce ausente
y a la roca vienen pájaros.

Olas de la mar pajiza
no detengan tu barco.
Aires oblicuos te besen
en el siniestro costado.
[...]

El golpe militar lo encuentra de vacaciones en Barcelona, lugar de residencia de una de sus hermanas. En Barcelona describe a su novia Gratiana, que se halla en Bucarest, los acontecimientos previos al estallido bélico:

⁶ GARCÍA LORCA, Federico: *Miguel Pizarro* (en la sección *Poemas sueltos*). «*Obras completas*, Ed. Aguilar 13ª ed. Madrid, 1967.



Toda esta semana hemos estado preocupados por España, dolidos y acongojados. El mismo día que te escribí la última carta, creo que fue el sábado pasado, mataron a un ex-ministro de la dictadura baja, traidora y cobardemente. Las huelgas no tenían fin, había atentados casi diarios, los obreros, sus sindicatos y organizaciones disputaban entre sí. No había orden. Esto parece que cargó de razón y de indignación a los señoritos, a las *derechas*, a los fascistas, y ellos han empujado a los militares a una sublevación que ha estallado en toda España. Ayer en Barcelona hubo todo el día cañoneo, descargas innumerables. Las agrupaciones obreras, unidas y dirigidas y armadas por el gobierno, requisaron los automóviles y en compañía de la gendarmería y la Guardia Civil, defendieron primero y atacaron después los cuarteles y la Capitanía General hasta hacer rendirse al general que mandaba y a todos. Los aeroplanos dejaban caer bombas. Hoy los obreros armados patrullan y regulan el tránsito, los abastecimientos⁷.

Nacido en 1893, el aracenense Fernando Labrador Calonge⁸, vástago de dos familias de rancio abolengo de Zufre y Aracena, se da a conocer en los ambientes literarios sevillanos de los veinte junto a Collantes de Terán, Romero Murube, Porlán, Halcón, Bacarisse, Sierra, Lasso de la Vega, Villalón o el inefable Adriano del Valle, personaje que llegó a poner un huevo en el Ateneo sevillano, como es conocido. Junto a ellos, emprende la aventura de *Mediodía*, revista netamente andaluza que aspira tanto a la belleza cuanto a la pureza y a la que concurre la joven poesía española (Alberti, Cernuda, Altolaguirre...). *Mediodía*, como después la onubense *Papel de Aleluyas*, escisión de ésta, es considerado como uno de los focos literarios relevantes previos a la eclosión del 27. El período estudiantil y literario de Labrador por la capital hispalense es quizás el más atractivo y recordado de una vida de continuas agitaciones. Bohemio y generoso, nocherniego y fantasioso, Labrador se entregaba con tanta elocuencia al exceso etílico como al lírico. Alejandro Collante de Terán, con quien

⁷ La carta está reproducida en el libro firmado por su hija Águeda Pizarro, *Flecha sin blanco*, p. 40. Ed. Dip. Prov. de Granada, 2004.

⁸ La bibliografía de Fernando Labrador es muy escasa. Sin duda el libro que queda más a mano al curioso lector sea la antología *El afilador pasa* (A. L. Huebra, Jabugo, 2001), prologado por Ángel Manuel Rodríguez Castillo.

escribió la obra teatral inspirada en nuestra comarca *¡A los títeres tocan!*⁹, lo calificó así en un poema:

No le mires de ese modo,
 déjale beber su vino
 sobre la rosa y el lodo;
 porque hay tiempo para todo
 y para todos, camino.

Tras su frustrada peripecia estudiantil (no acaba Derecho), vuelve a la Sierra donde continúa con su vida de señorito incorregible, bebedor impenitente y homosexual sin ambages. Desconocemos si Labrador se siente entonces atraído por las corrientes conservadoras, aunque su hedonismo vital llega a desembocar en un cierto nihilismo ideológico, pero en él parece pesar más el vivo ascendente familiar, adscrito a una oligarquía serrana, conservadora y llena de recelos ante los vientos sociales que desde hacía años entraban, aun con timidez, en la comarca, como revela Félix Lunar en sus memorias tituladas *A cielo abierto*¹⁰. Según nos narra Labrador en su mencionado libro, los meses previos a la guerra civil fueron realmente de una intensidad y conflictividad social que rayaba el dramatismo. Ejemplo de este clima es el soneto *Aldeas* del que aquí recogemos unos versos:

Valdeflores sin paz no tiene rosas.
 La Alcornocosa está seca y baldía,
 parece que preparan tenebrosas
 una pascua sin sol de fiesta impía.
 Las mujerucas piensan en señeros
 caminos de irrealeza y de trastornos.
 Hay fiebre visionaria en los braceros.¹¹

⁹La única edición de esta desconocida obra se la debemos a Aquilino Duque, que la editó en la Col. Literaria de la Fundación El Monte, Sevilla, 2002.

¹⁰LUNAR, Félix: *A cielo abierto*, Ed. Autor, México, 1956. La asociación Cultural Senabra, de Aroche, reeditó la obra en 1991 con un importante aparato crítico de José Antonio Muñiz Carrasco y José Juan de Paz. Por último, la A. L. Huebra, ha vuelto a reeditarla en 2006, con notas de Sebastián Díaz Carlos.

¹¹LABRADOR, Fernando, *Versos* (Anticipo lírico de mis tres historias) sección *Prehudios de la siega*, p. 33., Ed. Estanislao Maestre, Madrid, 1941.



O este otro, sin duda estremecedor, titulado significativamente *Manos rabinas*, en el que el poeta se pregunta sobre el destino fratricida de España:

¿Qué será de esta España fratricida
que otra vez a Jesús llama al madero,
lo escarnece y escupe, y de su herida
hace blanco el cañón del pistolero?
La justicia de Dios, turba homicida,
la vais a hacer sufrir al pueblo entero.
Así Jerusalem pagó, deicida,
la fructífera sangre del cordero.
Vuestra acción criminal no tendrá indulto;
juegan rabinos con el pueblo inculto
y otra vez va Jesús hacia el Calvario.
¡Apiádate de España, Padre Eterno!
No permitas que el fuego del infierno
destruya nuestro pueblo legendario¹².

Los cuatro escritores restantes, Florido, Arcensio, Infante y García-Gill son autores muy jóvenes, que llegan al cruento verano de 1936 sin haber madurado suficientemente y sin duda serán ellos los que tengan que pagar un precio más cuantioso por el gran abismo que supone la guerra. Daniel Florido¹³ nació en Santa Olalla del Cala en 1910, de familia campesina. Su formación es autodidacta. Consciente de las dificultades por las que atraviesan los braceros en una localidad como la suya, se suscribe tempranamente a revistas libertarias y obreras de la época, emulando al mencionado Lunar. Como es sabido, el anarquismo cobrará una fuerza inusitada durante los años previos a la guerra civil en el campesinado andaluz, sometido durante siglos a la explotación y a la humillación por parte de una nobleza y una burguesía anacrónicas, asentadas en absurdos

¹² LABRADOR, Fernando, op. cit sección *Preludios de la siega* p. 34.

¹³ De Daniel Florido no existe una biografía precisa. Sus compañeros de Bahía, y más en concreto Manuel Fernández Mota publicaron una en una antología titulada *De cristal* (Ed. Bahía, Algeciras, 1995), pero en ella apenas si existe una breve nota biográfica.

privilegios, y que no acaba de sumarse a la revolución industrial ni a los nuevos métodos de producción agraria. Es en este ambiente donde madura ideológicamente el poeta.

En 1911 nace Jesús Arcensio¹⁴, proveniente de una familia de comerciantes cachonera, que a su vez desciende de Navahermosa y Niebla. Arcensio es un muchacho enamorado y despreocupado de asuntos políticos, aunque hoy sabemos que a principios de 1936 participó en una especie de *sanjurjada* de su pueblo, Galaroza. Sin embargo, su obra juvenil se aleja de los conflictos sociales y políticos que desgarran nuestro suelo, aunque sabemos que publicó en diarios y revistas izquierdistas, tales como *Luz y Libertad* o en los diarios menos reaccionarios de la capital onubense. Arcensio, que estudió bachillerato y magisterio en Huelva, conoció tempranamente a Rogelio Buendía y a Adriano del Valle, poetas vanguardistas y padres de *Papel de Aleluyas* (Huelva, 1927-1928 Sevilla), por los cuales accede al vanguardismo, como delatan algunas de sus obras de juventud. Huelva es entre 1925 y 1935 una ciudad de un ambiente cultural inusitado. Es en ese ambiente donde madura el poeta Jesús Arcensio, que, además, siente una vital tentación por los ambientes flamencos y canallas de la ciudad portuaria (no olvidemos que son los años dorados del flamenco onubense), lo que unido a su formación eminentemente clásica, cristalizan su personalidad y completan su carácter. En 1936 Arcensio es ya un poeta dueño de su



Edición de la Poesía completa de Jesús Arcensio, Huelva 1997

¹⁴ De Jesús Arcensio, el lector interesado podrá consultar dos trabajos publicados recientemente: *Poesía completa*, edición de José Baena (Ed. Siglo XXI, Huelva, 1997) y una antología, *Sueño y costumbre* (A. L. Huebra, Jabugo, 2001), cuya selección y prólogo corren a cargo de Manuel Moya, que hace una revisión en profundidad de su vida y obra.



propia voz, que comienza a ser conocido en el mundillo literario. Entre los años 1929 y 1936 firma más de 150 poemas, lo que viene a representar más de la mitad de una obra poética que se corta a finales de los años 80. El 18 de julio de 1936 lo sorprendió en Galaroza, donde se adhirió a la Falange, y ya no abandonará esta formación hasta su muerte, en 1992. Su visión literaria, como ocurrirá con su paisano Luis Pérez Infante, se mueve por los predios de la pureza estética, siguiendo los caminos de su admirado Juan Ramón, sin olvidar, ya está dicho, su todavía no resuelto conflicto entre vanguardismo y clasicismo:

SONETO A ADRIANO DEL VALLE
CANTOR DE LUCES Y AROMAS¹⁵

Pirotécnico, agricultor, poeta,
que más pólvora en salvas de belleza,
luz de Bengala nimba tu cabeza
y trasplanta al aire tu maceta
de fuego en flor, de artificial inquieta
vegetación ¿En qué naturaleza
-¿aroma o luz?- tu verso acaba, empieza
ya jazmín, ya disparo de mosqueta?
Precedes tus rimadas procesiones
disparando cohetes de ilusiones,
morteros de clavel y malvalocas.
En tu huerto, de luz es la palmera;
y entre los rubios trigos de tu era,
culebrillas de fuego giran locas.

¹⁵ La versión que ofrecemos del poema es rigurosamente inédita. Forma parte de una carta que en 1941 envió Jesús Arcensio a Adriano del Valle, en un desesperado intento de retomar su carrera literaria, interrumpida por la guerra civil. En ella, los elementos ultraístas se combinan perfectamente con el ritmo y la concepción clásica del soneto. Agradezco a Remedios Rey esta versión que, junto a otros 5 poemas, se adscribe al legado recientemente adquirido por la Dip. Prov. de Huelva a la familia del César del Ultraísmo sevillano.

A su paisano y contemporáneo Luis Pérez Infante¹⁶ tampoco se le conocen especiales sensibilidades políticas antes de julio del 36. Su clara adhesión a la poesía pura, lo alejan de los postulados marxistas defendidos por las revistas *Octubre* y *Caballo verde para la poesía*, de Alberti y Neruda, y nos da a entender una más que tibia posición ideológica anterior al 18 de julio, que lo sorprende en Madrid, a donde ha viajado para examinarse de oposiciones a cátedra de instituto. Infante nace en 1912 en Galaroza, pero su infancia quedará ligada a los sucesivos destinos del padre, maestro de escuela. En Cádiz estudia bachillerato y comercio.

En 1930 lo sabemos estudiando Filosofía y Letras en Sevilla, siendo alumno de Jorge Guillén, a cuyos postulados poéticos se adhiere de inmediato. Junto a Juan Ruiz Peña y Francisco Infantes Florido crea en 1935 *Nueva Poesía*, revista que se postula en favor de la poesía pura, en la estela de Guillén y Juan Ramón, también colaboradores, como Arcensio o Pepe Caballero. La poesía juvenil de Infante, como la de Arcensio, se funda en el íntimo regocijo que por entonces le inspira la Naturaleza y el Amor, no atisbándose en ella signo alguno de turbulencias sociales o políticas.



Portada de la revista *Nueva Poesía*, Sevilla, 1935

¹⁶El único libro disponible de Luis Pérez Infante es el que bajo el título de *La muerte de Durruti y otros poemas recuperados*, con prólogo de Manuel Moya, publicó la A. L. Huebra (Jabugo, 2003). En él se da noticia exhaustiva del poeta cachonero, inédito hasta entonces.



BELLVER¹⁷

El aspirar del aire.

SAN JUAN DE LA CRUZ

El aire de los pinos
con fuerza he aspirado.
Lleno de polen, sol y bronquios verdes,
todo pulmón, mi pecho hacia lo alto
lleva en seguido vuelo
mi espíritu vibrando.
Mi cuerpo, alimentado en el respiro
-¡oh, delicado almuerzo de lo ingrátido!-
Sin peso ya de lastre,
globea por los ámbitos.
¡Y llegaré hasta el mar, desde los pinos,
el aspirar del aire pilotando!

A finales de 1935, el joven Luis Pérez Infante sostuvo una enconada trifulca con todo un peso pesado de la época, el oriolano Ramón Sijé, muy pocos días antes de que éste muriera. En los primeros meses de 1936 su obra se va abriendo paso entre los jóvenes escritores del momento, siendo interesante la correspondencia que establece con Juan Ramón Jiménez, quien le envía sus *hojitas* que el discípulo lee y comenta arrobado en *Nueva Poesía*. Acabados sus estudios en la ciudad hispalense decide marchar a Madrid para allí cursar oposiciones. Fue en la capital española donde lo sorprendió el golpe militar, aislado de su familia, que seguía en Cádiz.

En la primavera del 36, Gabriel García-Gill¹⁸ se halla en Córdoba ultimando sus estudios de bachillerato y formando parte del entorno de

¹⁷ PÉREZ INFANTE, Luis: *La muerte de Durruti y otros poemas recuperados*, pág. 32. Col. Biblioteca de la Huebra, Jabugo 2003.

¹⁸ Tras la publicación de los tres libros editados entre 1960 y 1963, el olvido fustigó a Gabriel García-Gill, hasta que la A. L. Huebra rescató su nombre con la antología *Retorno del hombre* (A. L. Huebra, Jabugo, 2003), con un pequeño prólogo de Manuel Moya.



Ardor, una revista que nace y muere en los albores de la guerra civil (sólo se llega a editar un número) y en la que publica la joven promesa Luis Pérez Infante, pero no así el caleño García-Gill. Se trata, sin duda, de los primeros escarceos literarios de este poeta nacido en 1918 en una familia mediano burguesa caleña. Es, de todos los autores estudiados, el más joven y, por tanto, quien había recorrido un camino más breve.

II. TIEMPO DE EPOPEYA

Es difícil hacerse una idea del dolor, del horror, del odio y del miedo abisal que debieron de experimentar sobre sí todas y cada una de las personas que sufrieron la guerra. Siendo una guerra de frentes, fue una guerra total, que afectó a todos y cada uno de los españoles, vivieran donde vivieran, fueran quienes fuesen, acabaran como vencedores o vencidos. Las cifras de muertos, mutilados, exiliados, represaliados, huídos, encarcelados, desaparecidos, asediados por la enfermedad, el terror, la angustia y la hambruna, son espeluznantes, pero no dan una idea siquiera aproximada de ese fracaso humano y colectivo, de esa insensatez sin límites, en las que cada uno de los españoles se vieron insertos y acorralados. Cada hombre, cada niño, cada mujer, cada anciano, vivió con el filo del cuchillo sobre su garganta y sintió sobre sí la inapelable sinrazón que se cobró vidas y ausencias, diezmó y separó familias, enfrentó a hermanos con hermanos y a padres con hijos, profesó odios y venganzas, sacó de cada hombre y de cada mujer lo mejor y lo peor de sí mismos, convirtió el país en una pura ruina, en un muñón ensangrentado y, ya acabado todo, media España se vio condenada a la inexistencia real o figurada.

Intereses de clase pusieron al joven bohemio y terrateniente Fernando Labrador Calonge en la estela de los conservadores y golpistas. De todos los reseñados, son Labrador y Pérez Infante los que dejan un testimonio literario más evidente sobre sus propias experiencias de la guerra. El libro *Anticipo lírico de mis tres historias* (Madrid, 1941), se concibe como un diario poético de Labrador que comienza en mayo y concluye en diciembre del 36. Escrito «para calmar los nervios» que lo asolan en la cárcel de Aracena, se compone de tres partes claras y significativas: *Preludios de la siega* (*Historia de un fugitivo*), *La cárcel de Aracena* (*Historia de un cautivo*) y, por último,

Amor de nueva era (*Historia de un redimido*). En *Preludios de la siega*, el poeta nos ambienta la situación verdaderamente explosiva que vive el campo andaluz en vísperas del golpe militar, al tiempo que nos introduce en su propia incertidumbre vital. Su particular vía crucis comienza en mayo, cuando los obreros, obnubilados por una futura revolución, le hacen ver que el tiempo de los señoritos se acaba. Son textos cargados de rencor y de consignas de foguetería demagógica, pero suficientemente ilustrativos del momento:

Negra soviética se extiende
una larga amenaza es su reinado.
¡De nuevo está Jesús crucificado!
[...]

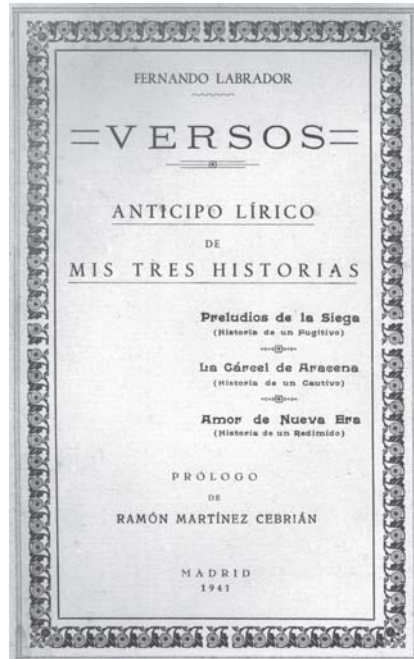
Avanzan tinieblas proletarias;
sin freno el pueblo, ya, pierde su elogio.
¿Dónde irán esas hordas incendiarias?¹⁹

Días más tarde del funesto levantamiento, acaso temiendo por su vida, trata de escapar de Zufre, donde se halla, para tratar de ganar a pie la Sevilla de Queipo, pero en el cruce de Castillo de las Guardas es detenido por unos milicianos y, tras ser conducido a Aracena, es juzgado y encarcelado.

Al tronco de una encina fui atado
y en dos horas horribles de suplicio
esperando llegara el sacrificio
estuve de un puñal amenazado²⁰.

¹⁹ LABRADOR, Fernando, op. cit sección *Preludios de la siega* p. 34. p.

²⁰ LABRADOR, Fernando, op. cit sección *Preludios de la siega* p. .110.



Portada del libro *Versos*, Madrid, 1941, de Fernando Labrador

El segundo capítulo narra el difícil trago de su cautiverio. Los poemas de este capítulo fueron escritos en la cárcel. Requisados por los milicianos, tanto sus compañeros de cautiverio como él, los aprendían de memoria. Gran parte de este libro, pues, nacieron y se conservaron en la memoria de un Labrador que teme por su vida. Sólo posteriormente los pasa a papel:

Con el alba nos llama el carcelero
¿Qué nos esperará? Muy impacientes
le seguimos por sombras inclementes
donde tiembla el pavor de un mal agüero²¹.

Cuando en la noche del 17 de Agosto *cae* Aracena en manos de los nacionales, Labrador y sus compañeros son liberados:

Hecho ya el corazón al aislamiento
¿que vida iré a vivir?, piensa mi mente.
¡Qué bien va a parecerme el sol ardiente!
¡Qué hermosa la amplitud del pensamiento!²²

El tercer capítulo abandona el tono de tensión interior que encontramos en sus textos carcelarios y nos acerca a una escenografía bien distinta, en la que el rencor y las ansias de venganza aparecen ya desde el primero de los poemas, fechado el 18 de agosto:

Calles llenas de azul ¡oh blanca estrella
de Dios!, sobre el azul de la alborada.
A lo alto canta su canción más bella
la Cárcel de Aracena Libertada.
Y ahora a pisotear la ensangrentada
marxista estrella roja, que destella
rubíes de dolor y, envenenada,
el alma de terror traspasa y mella.²³

²¹ LABRADOR, Fernando, op. cit sección *Preludios de la siega*, «Cárcel de Aracena». p. 180.

²² LABRADOR, Fernando, op. cit sección *Preludios de la siega*. «La libertad», p. 224.

²³ LABRADOR, Fernando, op. cit sección *Preludios de la siega*. «Alba clara», p. 227.



En este capítulo abundan las loas a los libertadores, historias de condenados, huidos, fusilados, redimidos, así como de la *liberación* de los pueblos serranos. El diario acaba a finales del 1936, cuando pesa sobre la Sierra la paz de los cementerios y la represión fascista se hace sentir en todo su vigor. De todas maneras, no parece que Labrador se convirtiera, luego de su liberación, en un militante activo del conservadurismo y, dada su afición a la bohemia y a la bebida, conocida su homosexualidad, pronto se convierte en un personaje marginal, que no encaja con los valores de *regeneración* y pedagogía social que pretenden imponer los triunfadores, que ven a Labrador como un degenerado.

Miguel Pizarro está de visita en Barcelona cuando se produce el golpe militar. A pesar de que gran parte de su familia reside en Granada y le llega el rumor (incierto) de que ha muerto una hermana suya, su adhesión a la república es inquebrantable, como se dilucida en esta carta enviada en los primeros días a Gratiana Onițiu, su novia, tal vez como contestación a una carta previa de ésta, que se halla en Bucarest:

“... te advierto que si crees que sólo «los rojos» han asesinado y han cometido actos de terror estás equivocada o te han engañado. Del terror de nuestro lado nadie puede hablar mejor que yo. Creo que mi hermana ha muerto, mi hermana Águeda y sé los horrores que han pasado en Andalucía, por eso creo que ha muerto y por eso no puedo imaginar a manos de quién.

[...] esto es algo muy serio, muy serio, muy serio y aquí hay mucho dolor y mucha rabia. Y si España, la España de siempre, vive y existe en algún lado es en eso que llamas «rojo», como siempre cruel y fanática, grande y generosa, hecha de pueblo solo, incomprendida o abandonada por todos los que se levantan dos dedos por encima del pueblo o se empinan creyéndose ya superiores [...] sé rumana, que es muy bonito, y no le pierdas el amor a la España nuestra, que es la que yo te he mostrado y enseñado.

[...] En tus últimas cartas [...] me decías que comías con la «legación», y que me fuera allí con «vosotros». Me lo repetiste anoche llamándome desde una casa donde no sé si me quieren a mí y donde no sé cómo te habrán utilizado [...] Es muy probable que dominen, y

entonces el destino de los que hemos salido fuera de España para no volver nunca más es muy triste y doloroso. Ya lo es. Nos toman por asesinos, los únicos asesinos, como si no fueran, no fuéramos todos españoles, la gente más individualista y quizá por ello los más parecidos unos a otros. Yo por ahora estoy bien, tengo algo que hacer y quiero hacerlo bien y a conciencia. Cuando termine porque se acabe mi misión o quien me manda, romperé con todo Estado, no quiero más relaciones con cosas oficiales [...], huir de España y de Europa y de América. Si no puedo, trataré de morir lo más dignamente posible.

Quería casarme contigo porque tu ausencia y tu falta me han traspasado con millones de agujas de soledad. Era allí en mi miedo, en mi locura, en mi tristeza donde más te quería [...] Yo no sé si te das cuenta de mi situación: solo en Barcelona, sin conocer a nadie [...] viendo que al horror y al terror de Franco se respondía con más horrores y terrores, [...] sin poder unirme a mis amigos porque, me lo han dicho, desconfían de mí, y desconfían por mi amistad con esa gente de Bucarest y quizá por mi amistad contigo, sin trabajo, sin pan, en la angustia espiritual más grande [...] mi hermanita Esperanza estaba embarazada, tenía ya otra niña, no podía salir de casa; yo no podía hacer lo que deseaba: morir, morir por mi mano en Barcelona, tenía que irme de allí porque hasta el suicida es sospechoso y hace sospechosos a los suyos. [...] Mi amigo pintor y otro amigo, los dos comunistas, me dieron documentos para no tener que usar el triste pasaporte de Prat [...] Hasta que ha venido Fernando de los Ríos dando la cara por mí [...] yo, querida Chubito, aunque me maten siete mil hermanas santas e inocentes los «rojos», no puedo ser de ese asco de la España de Franco. Hay en ella cosas buenas [...] personas buenas y bastantes amigos vivos y algunos muertos. Pero no, imposible [...]

Considera todas estas cosas [...] Haces un sacrificio enorme. Puedes perder la vida o perderme a mí muy pronto y quedarte sola y viuda lejos de tu tierra. [...] No esperes que si ganan tus amigos, tus amigos serán misericordes conmigo [...] o que si alguno me conserva el afecto no pueda evitar mi desgracia como los amigos fascistas de Federico no pudieron evitar su muerte [...]"²⁴

²⁴ PIZARRO, Águeda, *Flecha sin blanco*, op. cit. P. 42.



Tras conocer la noticia de la muerte de Federico, por mediación de su amigo Fernando de los Ríos, es enviado a Europa y Estados Unidos a hacer propaganda y recabar fondos para la República, de manera que apenas participa de forma directa en la contienda. El final de la Guerra lo sorprende en Cataluña y, como Infante, ha de pasar a pie y bajo las bombas la frontera, dejando en el camino una maleta donde guardaba sus escritos así como la correspondencia con Federico, su amigo de infancia.

El 18 de julio de 1936, Jesús Arcensio se halla en Galaroza pasando sus vacaciones de maestro. Las noticias que de él contamos son, con todo, contradictorias, porque por un lado sabemos que ejerció de maestro en Ayamonte durante el curso 1935-1936, y por otro hemos comprobado documentalmente que se sumó a una breve «sanjurjada» durante los primeros meses del año en su pueblo natal, lo que delata el ambiente incierto y quebradizo que ya se respiraba no sólo en Galaroza, sino en toda la comarca. En todo caso, no tenemos la menor constancia de que su vida haya corrido peligro entre el 18 de julio y el 23 de agosto, fecha en la que los nacionales entran en Galaroza. Esos primeros días son difíciles, pues el caos y la incertidumbre siembran los pueblos serranos. La cercanía de los núcleos mineros complica aún más la situación, pues algunas iglesias y ermitas son pasto de las llamas. El 6 de agosto, en la no lejana aldea de San Telmo (Cortegana), un grupo de *huídos* ejecutan a nueve personas de la aldea, en lo que es considerada como la primera acción del maquis peninsular durante la guerra civil española²⁵. Por otra parte, llegan las noticias de la extremada crueldad con que los nacionales se despachan nada más irrumpir en los pueblos *liberados* (más de 300 personas son ejecutadas por los nacionales en la comarca sólo entre agosto y septiembre). Pronto, tras la segunda quincena de agosto, esas tropas nacionales van tomando los pueblos serranos, que se entregan envueltos en el terror, sin apenas oponer resistencia. Arcensio debe vivir con desaliento tales sucesos y perspectivas, pero a los pocos días de la llegada de los nacionales a su pueblo, acaso temiendo consecuencias sobre su persona, decide sumarse a los facciosos, más en concreto a la

²⁵Sobre este particular, consultad el libro *Maquis, historia de la guerrilla antifranquista*, de Secundino Serrano, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 2001, p. 23, 39 y 63. Existe también edición de bolsillo en la Colección Booket, nº 3038, Madrid 2002.



Falange, que en las semanas previas al golpe apenas si contaba con militantes, pero que en los siguientes días recibe un verdadero aluvión de adhesiones por parte, generalmente, de una burguesía media formada por tenderos, pequeños y medianos agricultores y profesionales descontentos con la política republicana. Sea como fuere, Arcensio enseguida marcha a Huelva, desde donde será enviado al cuerpo de propaganda del frente, junto al pintor Pepe Caballero. Conoce allí a Ridruejo, cuya trayectoria vital y política tanto se parece a la del poeta de Galaroza. Es curioso que no se haya encontrado ningún texto bélico de Arcensio. Su obra de guerra simplemente no existe. Sólo en uno de sus sonetos, fechado ya en 1945, aparece lejanamente la guerra, como si quisiera huir de ella y necesitara humanizar tal período en su recuerdo. Arcensio, que se consideró siempre como un poeta de la hermosura y de la belleza, nos deja la estampa de un joven que corre por los distintos frentes, vencido, roto, viviendo ya un exilio interior. Estamos ante un hombre expulsado a bofetadas del paraíso y esto se transluce en un poema donde no encontrará ya sosiego en el olvido.

SONETO DEL HÉROE²⁶

Aunque velen los filos de la espada
el paso de la sangre, como el río
la vela el derramado sueño frío
la adelfa en sus riberas reclinada.
Aunque siempre me escolte en afilada
pertinacia la muerte, yo confío
en que no deshabite el pecho mío
la calma que a tu miedo ya es negada.
Sabe la tierra quien la ha redimido
y quien negó la sangre a su rescate:
tú, que temiste por tus venas tanto,
no encontrarás sosiego en el olvido.
Y, al solo pensamiento del combate,
te ganaré mi paz contra tu espanto.
31 de julio de 1945

²⁶ARCENSIO, Jesús. *Sueño y costumbre*, p. 97. A. L. Huebra, Jabugo 2002.



Escaso bagaje, como decimos, para un hombre que vivió la guerra en primera línea de fuego, pero hemos indagado en los archivos de la Guerra Civil en Salamanca y revistas de la época, no habiendo encontrado la menor huella de su escritura bélica.

La labor de propaganda ideológica que Fermín Requena viene realizando en Melilla, se ve truncada el 18 de julio del 36. Melilla es una ciudad militarizada y es de suponer que la vida del higuereño corrió evidente peligro. Quizás su talante personal y su buena labor pedagógica, su carácter sosegado y su estrecha relación con las élites militares de la plaza, acabaron por pesar más que sus ideas en el albur de su supervivencia. Durante el trienio bélico firmó un pacto de silencio consigo mismo y con los nacionales, pero ya su vida quedó completamente determinada por el exilio interior, por la sospecha y por la auto-aniquilación de sus ideales regionalistas que son lo más destacable de su bibliografía.

El caso de José Andrés Vázquez es en todo similar al de Requena. Pocos meses antes de la guerra estaba ocupado con el Estatuto Andaluz que debía aprobarse en septiembre. Acaba igualmente la novela *Títeres en la plaza* que publica la barcelonesa editorial Juventud aquel mismo verano. La brutal represión llevada a cabo por Queipo de Llano en Sevilla pasa por ser una de las más siniestras de toda la guerra. Ante tal situación, el conocido periodista sevillano y serrano debió estar en el punto de mira de muchos. Recordemos que su amigo y correligionario ideológico Blas Infante fue ejecutado a la salida de la capital, en la carretera de Carmona en los primeros días del conflicto. Su conocido estudioso, Manuel Ruiz Lago, escribe en el prólogo a una selección de artículos, con motivo del centenario del aracense²⁷: «Vive en Sevilla los momentos de la sublevación militar de Queipo de Llano y recibe el impacto del fusilamiento de Blas Infante. Gracias a sus amistades con sectores eclesiales y, amparado en su prestigio personal y literario, salva su vida, pero, desde el primer momento, se cierne sobre él un complot de

²⁷ VÁZQUEZ, José Andrés: *Artículos*, Fundación Blas Infante & Ayuntamiento de Aracena, Sevilla, 1984. El prólogo y la selección son de Manuel Ruiz Lago; la portada de José María Franco.



silencio y una solapada sospecha política por su inmediata adscripción republicana. La vida de José A. Vázquez se convierte en una tortura y en una contradicción. Es este un capítulo de su vida -continúa el prologuista- que sólo podría ser explicado por él mismo. Tras más de treinta años de acción liberal y autonomista, ante el hecho desgarrador y sangriento de la guerra civil, se le obliga a secundar la nueva situación. Su lenguaje transforma su propio estilo y se tiñe, en cierta medida, de los tópicos del momento».

Diferentes son los casos de Gabriel García-Gill y Daniel Florido, pues ambos estaban en edad militar, con 18 y 26 años respectivamente, y ambos pasan parte de la guerra en los distintos frentes. Florido, como ya se dijo, hubo de huir precipitadamente de Santa Olalla ante la inminencia de las tropas nacionales, de la misma manera que Labrador se vio impelido a hacerlo de la vecina Zufre tras el 18 de julio. En su huida trató de conectar con la llamada zona republicana y es seguro que lo consiguió, pues participó en la lucha hasta, al menos, febrero de 1937, cuando es detenido en Bilbao. Por su parte, Gabriel García-Gill, al que dejamos en Córdoba formando parte de *Ardor*, se encuentra en Cala y es muy posible que fuera alistado para marchar al frente con los nacionales²⁸.

Hemos dejado para el final al otro poeta de Galaroza, Luis Pérez Infante, que es, acaso el escritor serrano más activo ideológicamente -en el plano literario lo fue sin duda alguna Labrador- durante este período fatídico. Es curioso advertir que del prometedor poeta Pérez Infante apenas si nos ha quedado una docena escasa de poemas bélicos, pero en cambio hemos conocido con bastante precisión su paso y su evolución psicológica durante la guerra. El estallido de la Guerra Civil marca inexorablemente la vida y la obra del cachonero. Alejado de la familia, que residía en Cádiz, sorprendido en una ciudad que le era extraña, como Madrid, Infante supo desde el principio que la guerra iba muy en serio. Aprobados los dos primeros exámenes y cuando ya se aprestaba al tercero y definitivo, estalla la sublevación fascista, y sin pensárselo dos veces se incorpora a la lucha. Por

²⁸ Los datos que poseemos sobre ambos poetas son muy escasos. Existe un acusado pudor por parte de las respectivas familias para hablar de las vicisitudes en la que se vieron envueltos estos dos personajes.

un texto de su compañero Ruiz Peña, debemos creer que Pérez Infante es, con anterioridad a la guerra, un hombre de ideas comunistas, pero en su *obra sevillana* no encontramos una sola pista ideológica que lo ratifique. Por el trabajo que desplegó durante y después de la guerra, podemos asegurar que Luis Pérez Infante fue un activista irreductible y convencido de la causa republicana. El intelectual granadino exilado en Uruguay, Manuel García Puertas, refiere en un artículo de carácter póstumo que intervino en multitud de mítines en el frente y en la retaguardia, con Bergamín, Alberti, M^a Teresa León, Miguel Prieto, Rodríguez Luna, X. Abril, León Felipe, Cotapos, Aleixandre, García Maroto, José Delgado, Serrano Plaja, Lorenzo Varela, Petere, Altolaguirre, Concha Méndez, Chabás... Según este mismo testimonio, en 1937 marcha a Valencia donde sigue trabajando para la Alianza y firma su Manifiesto, junto a Ramón J. Sender, Bergamín, Cernuda, Ramón Gómez de la Serna... Bajo la dirección del pintor Miguel Prieto refunda el *Teatro de Títeres La Tarumba*, de las Misiones Pedagógicas, donde coincide con Felipe C. Ruanova y Rafael Dieste con quienes recorre los frentes, plazas y hospitales, así como los principales teatros de Madrid, Valencia y Barcelona, hasta la finalización de la guerra. Representaron obras de Alberti (*Los salvadores de España*) y Lorca (*El retablillo de Don Cristóbal*), al margen de otras circunstanciales, escritas para elevar la moral de la tropa. A finales de 1937 ingresa en el Comisariado del XVIII Cuerpo del Ejército en la Zona Centro, declinando las plazas de profesor de literatura de Guadix e Igualada. Con posterioridad ocupó el cargo de comisario en la 45^a División, integrada por las Brigadas Internacionales, luchando en Aragón, Cataluña y Extremadura, entre cuyos trabajos estuvo el dirigir

Luis F. Pérez Infante
LA MUERTE DE DURRUTI
y otros poemas recuperados



Edición de Manuel Moya



edición de *La muerte de Durruti...* de Luis Pérez Infante, Jabugo, 2003

el periódico *Bayonetas internacionales*. Precisamente con motivo de la despedida de las Brigadas Internacionales, Infante escribe unos versos que no han sido reeditados hasta hoy:

VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD²⁹

No importa de qué tierras.
Olvidasteis el nombre
de la ciudad que os asombró de niños.
Las canciones de cuna
quedaron repitiéndolas los yelos
dorándolas espigas
o negras al amor de ardientes soles.
Dejasteis los talleres,
el campo y su abundancia, los lugares
en vida convertidos
por vuestros rudos, vigorosos brazos,
el hogar y su lecho
que a descansar invita diariamente.
No importa de qué tierras
cuando la patria es una para todos.
Las letras se olvidaron,
las que dieron el nombre a las amadas
cosas, a la caricia
de la angustiada madre, a su ternura,
a su palabra trémula
que conmueve el oído de la amante.
Las que os sirvieron luego
para calar muy hondo en el estudio
las bellísimas letras
que hicieron vuestros ojos admirados,
niños de las ventanas,
que inundaban de luz tantas verdades.

²⁹ El poema se publicó por vez primera en *Homenaje de despedida a las brigadas internacionales*, Ediciones Españolas [1937], en las que interviene, además de Infante, Alberti, A. Machado, Altolaguirre, Hernández, Neruda, Prados, etc...



El idioma no importa:
los hombres libres hablan una lengua.
Nos importa esa lengua.
Aquí la habéis hablado,
si en treinta y ocho idiomas diferentes,
vibrando al mismo impulso,
con una sola voz enardecida,
entera, clamorosa,
que es la voz de la sangre cuando canta.
Confundida, revuelta,
la sangre del latino y del esclavo
con la del triste negro,
con la sajona, vedla derramada,
vedla aquí conquistando
una segura paz a las naciones.
Nos importa esa lengua
que a los hombres del mundo glorifica.
Que ya canta el Jarama.
Madrid y el Manzanares,
la Alcarria y el rumor de sus colmenas,
la Mancha y el Quijote,
Castilla la gentil, hidalga, honrada,
la oliva y el naranjo
harán reverdecer vuestros laureles.
Mas aquellas provincias
hoy tristes de pisarlas invasores,
mañana liberadas,
reforzarán la voz que España os debe,
sumándose a este coro
al aire levantado en vuestra gloria.
Que ya canta el Jarama
la sangre que cantó por sus orillas.

Nada que ver el tono de este poema con aquéllos que hemos recuperado de su mocedad sevillana, que se caracterizaba por la pureza formal y por una visión optimista del mundo, en la línea guilleniana, que en nada nos

permite vislumbrar una posición ideológica cercana a las tesis comunistas. Lo que sí queda muy muy claro es la radical transformación que va a operar en su credo literario la irrupción de la guerra. Basta comparar la textura *purista* de un poema como «Primavera», editado en mayo de 1936 («Despierta de tu sueño, / Amada. Ya la rosa, / Toda tacto, define / El aire de tu boca. / En la brisa, en la rama, / En el trino, lo nuevo, / Hecho luz de latir, / Tiembla su nacimiento. // Lo nuevo, que es lo mismo: / El ayer vuelto verde / Al aire de la gracia. / Vibra lo transparente. / Al vibrar de este sol / Que a su amor derramado / Elabora y difunde / Sonido y entusiasmo...[...] Bulle la savia. Riega / -Perfección de su ciclo- / Carne y alma en el átomo: / Todo es uno y lo mismo»³⁰), con el tono realmente atronador del «Romance del Arzobispo de Burgos» publicado apenas 4 meses después, el 10 de septiembre del mismo año. Pero, como decíamos, tras estallar el alzamiento militar, Infante se afilió al PCE y a la Asociación de Escritores Antifascistas dirigida entonces por Ricardo Baeza y luego por Bergamín. Con Bergamín y Alberti se incorpora a la redacción de la revista *El mono azul* que pretende ser el altavoz literario y humano de la República. Es interesante advertir que en los primeros días de batalla, la composición que más se repite tanto en *El mono azul*, como en otras publicaciones propagandísticas es el romance heroico, heredero directo del cancionero, cuya virtud principal es su proximidad con el pueblo, su rápida difusión y asimilación a través del boca a boca y, por supuesto, el gran impacto que este tipo de composiciones tenía en el inconsciente colectivo de un pueblo que, no lo olvidemos, seguía inmerso en la tradición y transmisión viva de un cancionero que no había dejado de recitarse en los pueblos y en las ciudades españolas y reeditarse con regularidad en pliegos de cordel, evidentemente desde nuevas perspectivas, con nuevos héroes y nuevos villanos; recordemos el éxito popular -incluso a día de hoy- de los espléndidos romances lorquianos. En *El mono azul* coincidió Infante con Miguel Hernández, aunque sabemos que sus relaciones fueron frías, debida al asunto mencionado de Sijé. Gran parte de la contienda la pasó en Madrid, y sabemos que participó en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, celebrado en la capital valenciana desde el 14 de julio de 1937, con la presencia de Malraux, Paz, Nicolás Guillén, Antonio Machado,

³⁰ PÉREZ INFANTE, Luis F. Op cit. p.35-37.



Alejo Carpentier, Neruda, César Vallejo o Tristan Tzara... Como adelantamos, su primera composición bélica es «*Romance del Arzobispo de Burgos*» que adolece todavía de una cierta impericia técnica en esta suerte de composiciones. El poema habla claramente de la connivencia de la Iglesia española y las tropas involucionistas, convirtiendo al arzobispo burgalés en una especie de adalid del fascismo. En este primer romance, Infante se muestra esperanzado con la victoria militar republicana, que considera cuestión de días. Dos semanas más tarde, el 24 de septiembre de 1936, publica otro romance titulado «*La venganza del castillo*», donde el poeta de Galaroza se muestra ya mucho más seguro de sí mismo. En este segundo romance, Pérez Infante narra la acción heroica de un campesino castellano que es ejecutado cruelmente al tratar de colocar el pendón republicano sobre el castillo de Las Navas. Lo más interesante del poema es, sin duda, la estrecha relación que el poeta establece entre los héroes de los viejos romances castellanos de frontera y la gesta de los campesinos. El tercer romance se titula «*A Madrid*» y se publicó el 29 de octubre de 1936, en el nº 10 de la revista; en él se habla de la heroica defensa de Madrid con relación a un tema que entonces era noticia, como fue el tratado de no-beligerancia firmado por las potencias europeas y americanas y al que Pérez Infante se referirá en 1946, ya en Montevideo. Como quiera que el poema no se ha vuelto a reeditar desde la guerra, creemos oportuno darlo por entero:

A MADRID³¹

Por todas partes, Madrid,
te ofrece el fascio pelea.
¡Búscala! ¡Sal a los campos!
Remonta las carreteras
que conducen a la muerte,
antes que la muerte venga!

³¹El poema fue publicado en *El Mono Azul*, nº 10, Madrid, jueves 29 de octubre de 1936. Este poema, que no publicamos en el libro *La muerte de Durruti y otros poemas recuperados*, apareció en el libro *España heroica, (homenaje en el 2º aniversario de lucha por su independencia)*, Ed. Teatro del pueblo, Buenos Aires, 1938.

Prepárale al enemigo
pasillos con puerta abierta,
que lo lleven a los pozos
más profundos de la tierra.
Y deja todas tus calles,
todas tus casas, dispuestas
a da el pecho a la muerte
por si la muerte viniera.
No te importe que las balas
silben sobre tus cabezas
ni te asusten los «capronis»
hijos de la Italia negra,
ni te acobarde la furia
de la legión extranjera.
No te desespere el paso
lento, aburrido, que lleva
la diplomacia, al firmar
tratados de «no ingerencia»,
tratados que el oro rompe
cuando la tinta está aún fresca.
Mírate a ti, Madrid, mira
lo que pierdes si la guerra
llegara a cuajar tu sangre,
tu sangre que siempre ardiera.
Perderías la libertad,
que levantaste en bandera,
y no serías la esperanza,
preñada de vida nueva,
de todo el proletariado
que te ve tras las fronteras.
Y más, Madrid, perderías
la vida, porque si llega
el fascismo a penetrar,
triunfante, por tus mil puertas
la tumba que estás cavando
para él, sería la cueva
que sepultase tu cuerpo
si la sangre no te ardiera.



Sin embargo su romance más popular y recordado no lo iba a publicar hasta el 11 de febrero de 1937. «*La muerte de Durruti*», que así se titula, va a tener una repercusión inmediata y multitudinaria, en parte debido al carisma que el conocido luchador anarquista inspira en la población y en parte gracias al tono y a la tensión interna que el poeta consigue en esta composición, que pasa por ser una de las más brillantes y emotivas de la lucha. Muchos fueron los romances que se escribieron sobre la figura de Durruti, caído en extrañas circunstancias a finales de 1936, pero fue el de Infante el que ganó más popularidad, reeditándose en muchas de las revistas republicanas del frente, así como traduciéndose a diferentes idiomas. El interés actual del romance radica en que Infante consigue entroncar con la tradición, convirtiendo al personaje, ya desde los primeros versos en un referente colectivo de heroísmo y de entrega. El poema revela el preciso conocimiento que de la tradición cancioneril poseía el poeta onubense. Dividido en cuatro partes, es de resaltar el tono heroico que impone a estos versos que sitúan al libertario Buenaventura Durruti (León, 1896-1936 Madrid) en el plano de los grandes héroes de los cantares de gesta. No importa que los hechos cantados desplacen a la verdad histórica, pues lo que interesa al autor y lo que espera el combatiente o el lector es la exaltación patriótica e ideológica del héroe republicano, que desde el frente de Aragón corre en auxilio del debilitado frente madrileño, en cuya Ciudad Universitaria halla la muerte el 19 de noviembre de 1936. Pero veamos algunos fragmentos de este inspirado romance:

LA MUERTE DE DURRUTI (FRAGMENTOS)³²

En los frentes de Aragón
se libraba gran batalla
cuando llegó la noticia
de que a Madrid se acercaban
cinco ejércitos rebeldes
con las más modernas armas:
[...]

³² PÉREZ INFANTE, Luis F. Op cit. p.45-48.

Buenaventura Durruti,
pelo en pecho, dura barba,
con sus hombres más valientes
va por tierras castellanas.
Sus ojos llevan el mar
hasta las llanuras pardas
-abrazo para Castilla
de Cataluña, su hermana-.
Los vientos de la meseta
soplan gentiles. Abrasan
de ardor que nació en la nieve
y que afiló la distancia
los pechos de sí encendidos
de las tropas catalanas.
Empujado por el viento
y empujado por sus ansias
llegó Durruti a Madrid
con el clarear de un alba.
-¡Quién dijera, Manzanares,
pequeño río sin agua,
que tu cauce había de ser
nuestro límite con África!
Que si tu orilla derecha
pisan Franco y su canalla,
la que de Marruecos vino
al son de promesas falsas,
de tu izquierda brota, viva,
fresca y ardiente savia,
templada ya en el combate,
de la verdadera España,
la de los trabajadores
que no reconocen castas.
Te prometo, Manzanares,
que en lo que te falta en agua
lo llenará el rojinegro
de mi sangre libertaria,
antes que ver por Madrid
a las turbas africanas.
[...]



Tras esta primera etapa esperanzada, nuestro poeta va entrando progresivamente en una fase de pesimismo adolorido y de asunción de la derrota. Su tono entonces se revela mucho más severo e íntimo. Si los poemas precedentes fueron escritos según las formas tradicionales del romance y en ellos se advierte el calor del presente, la tónica de los *Cuatro poemas de Madrid*, publicados en mayo de 1938, perdidas ya Málaga o Bilbao y batiéndose en retirada por la madrileña Ciudad Universitaria, mientras se suceden los bombardeos por los barrios populares de la capital española, es la de una cierta esperanzada resignación. Los poemas, fechados en Madrid de 1936 a 1937, son: «*Estos escombros*», «*La voz de los muertos*», «*La voz de los vivos*» y «*A Gerda Taro*». El primer poema de este cuarteto es el titulado «*Estos escombros*»; construido en endecasílabos, no da la impresión de ser un escrito de circunstancias, sino una visión razonada sobre la barbarie y la resistencia de una ciudad que se niega a doblegar sus rodillas ante el enemigo, por más que ya se intuya que todo o casi todo está perdido. Se habla abiertamente de una ciudad bombardeada y sometida a escombros. En realidad este poema es ya un poema del exilio. El objeto de la lúcida mirada del poeta onubense son los escombros a los que queda reducida la ciudad, pero unos escombros que, a pesar de todo, devuelven dignidad al paisaje y llegan a oscurecer en su verdad necesaria a las nubes y los montes. Se diría que es el coraje y la dignidad los que quedan, desdentados aún, envolviendo, lustrando, gritando casi desde esas paredes rotas, desde esos cascotes que alguna vez fueron vida y que no van a volver a ser habitados, siendo sólo muñones de dignidad, monumentos tangibles de la opresión. Tras el hondo pesimismo del tema, no deja de manifestarse una manifiesta esperanza. Diríase entonces que la ciudad convertida en escombros, perdida ya para la causa, es un símbolo inmarcesible de la libertad y los ideales más nobles. Los quebrantados edificios, pues, aparecen como cicatrices que, por serlo, se han ganado su sitio en el paisaje y, aún más decisivo, en la conciencia. Nada tiene que ver esta sublimación de las ruinas con el sentimiento barroco de un Castiglione o Caro, que ven en ellas la decrepitud del tiempo y lo azaroso y engañoso de la obra del hombre. No hay aquí nostalgia ni recreación de un tiempo acaso más favorable, sino una leve esperanza de que por más que la ciudad esté sometida a la barbarie, lo que hay bajo ella, la ilusión del pueblo por un futuro más digno y justo, perdurará más allá de la inminente derrota. «*La voz de los muertos*», el segundo texto de la tetralogía



sigue las pautas del anterior. El primer verso nos pone sin sombra de dudas en situación: *Sí-comienza afirmando-, porque estamos más vivos que nunca / con la vida gigante del que sabe / morir en pie cuando la Vida ordena*. Estamos vivos, viene a decir, porque estamos allá donde la vida nos ha exigido estar. El poema, como el resto de la serie, es un canto a la resistencia heroica y a los anónimos hombres que dejan su piel en pos del ideal. Existe, sí, un tono pesaroso, una intuición de derrota, pero es precisamente en esta derrota donde el hombre cimienta la fe en su victoria final. Pues hay una victoria militar ya entrevista, que el tiempo se encargará de convertir en cascotes y una victoria moral que se alía sin duda con los resistentes. Los muertos de hoy, viene a decir, darán vida mañana y, por tanto, no son inútiles ni su sangre ni su entrega:

LA VOZ DE LOS MUERTOS³³

Sí, porque estamos más vivos que nunca,
con la vida gigante del que sabe
morir en pie cuando la Vida ordena,
de entre esta tierra y esta sangre -fango
que si nos cubre el cuerpo no nos mancha-
salimos, camaradas -frente único
que hemos forjado para hablaros, vivos-:
Mirad en nuestros pechos las heridas
que empaparon de sangre nuestros campos,
y mirad en la luz de nuestras frentes
el signo inconfundible de los hombres.
Os hablan -frente único- los muertos.
Recordemos que un traje, compañeros,
aunque sea bello el cuerpo que lo vista,
no es más que un saco lleno de vacío
en tanto que la Vida no reclama
la evidencia del ser en su momento.

³³ PÉREZ INFANTE, Luis F. Op cit. p.52.



Vuestro momento aquí: mirad que invade
todo el espacio enorme que os rodea,
que paraliza el viento, que se filtra
por la roca y el monte; que los hiere,
que hasta el reloj se pasma y lo señala.
El momento está aquí. Y allí la prueba:
la Muerte y el mirarla pecho a pecho.
... Y lograréis la libertad del mundo
y la impalpable vida de los héroes.

«*La voz de los vivos*», responde a un cambio psicológico del autor, que comienza a percibir una clara desmoralización ante el futuro de la guerra, si bien sirve de revulsivo para tratar de atajar esa desmoralización interna. En sus versos se habla más de desgarró que de exaltación. En todo caso, el poeta cree en su causa, incluso después de la previsible y puntual derrota. El futuro es, sin ninguna duda, del hombre que ha sabido mantenerse en pie frente a la barbarie, que ha decidido luchar (y perder, lo que sublima aún más su posición de héroe que combate a muerte contra el destino) por los ideales, por la justicia, por la dignidad del hombre. El último de la serie, pero también el último de los textos españoles que hemos logrado rescatar, es el titulado «*A Gerda Taro, muerta en el frente de Brunete*». Escrito desde la sincera emoción, el poema rinde homenaje a la reportera Gerda Taro (Bucarest, 1910-1937 Brunete), compañera del también malogrado fotógrafo Robert Capa, quien supo captar en toda su hondura el horror de la guerra y la dignidad de los vencidos. Como en el caso de Durruti, la muerte de la rubia y animosa búlgara, conmocionó a todos los que seguían la guerra, tanto en España como en el extranjero, y su muerte llegó a convertirse en un símbolo de la resistencia, hasta el punto que sus funerales fueron un acontecimiento que conmocionó a las izquierdas europeas. Rafael Alberti en su segunda parte de *La arboleda perdida*, da cuenta detallada de la tal conmoción que supuso la desaparición accidental de la fotógrafa búlgara, corresponsal de *Ce soir*, en el frente de Brunete y su traslado en un ataúd improvisado, primero hasta Madrid y luego a París, lugares donde sería recibida como una heroína del anti-fascismo. Evidentemente, Infante elude consignar la causa de su trágico fin, pues, según es sabido, la fotógrafa murió de una forma accidental, al ser aplastada por un tanque republicano. El

interés del poema se sitúa en la honda emoción que la muerte de la joven ha producido en el poeta. Todos estos poemas de la guerra forman un corpus épico-lírico de gran intensidad, titulado por el propio Infante como *Tiempo de epopeya*, según nos revela su compañero García Puertas en el artículo *Con vuelo invulnerable*. Según se desprende del poema dedicado al 90^º aniversario del nacimiento de Antonio Machado³⁴, publicado ya a final de su vida, creemos que los últimos días de la guerra los pasó en la Barcelona acribillada, donde solía visitar al poeta sevillano:

Cuántas veces, maestro,
siempre que alguno más traza un surco, una estela,
cuántas veces, Antonio, tú que fuiste el primero
en abrir con tus pasos de gigante vencido
el camino difícil
de la España peregrina,
recuerdo aquellas tardes,
en aquel caserón con pátina y verdines
-cerca el jardín umbrío-
de la muy leal y acribillada Barcelona.

A pie, aquejado de tuberculosis, cruzó la frontera francesa en los primeros días de marzo de 1939, junto a otro medio millón de exilados. Para todos ellos, para él, comenzaba un larguísimo peregrinaje vital por las antecámaras de la muerte, las penalidades sin cuento y la brecha psicológica de la derrota, amortiguado todo por la fe en el inmediato porvenir y en el retorno. Sólo esta radical esperanza lo mantiene en pie en esos días difíciles en los que visita la tumba de su maestro y amigo Antonio Machado.

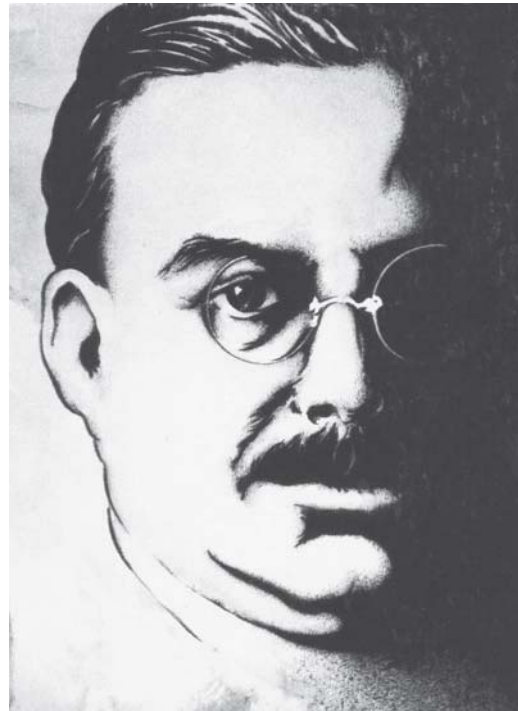
III. GRITOS CONTRA EL SILENCIO

Difícilmente en pie logra mantenerse su paisano Jesús Arcensio a pesar de la victoria militar. De rodillas caen Fermín Requena y José Andrés Vázquez. Daniel Florido experimenta el rigor de las cárceles de la dictadura.

³⁴ PÉREZ INFANTE, Luis F. Op cit. p.50-60.

Pérez Infante gana su partida contra la muerte por los campos de refugiados franceses. Labrador recorre frenéticamente la Sierra, ausente de sí mismo, empapado en alcohol, y sólo Gabriel García-Gill, el más joven de todos, parece encauzar su vida y continuar sus estudios, no sin antes pasar por el exilio leonés. A la pobreza física se suma la pobreza intelectual de un país demediado, que, paradójicamente, mira hacia los siglos áureos, tratando de rememorar un pasado esquivo. Los exilados tratan de recomenzar sus vidas, pero durante años todos ellos mirarán a España como los sefardíes a la vieja Sefarad o los andalusíes del Magreb o de Mali la vieja Al-Andalus. Rumiarán un regreso inmediato, y así, todos ellos caerán en esa segunda decepción, acaso más honda aún que la primera, cuando al acabar la Segunda Guerra Mundial, los aliados pacten con la dictadura, abandonándolos a su suerte, a ellos, que han luchado contra Hitler, que han engrosado los campos de exterminio del III Reich, como Pérez Infante nos recordará en sus agrios artículos firmados en la capital uruguaya.

En las navidades de 1960 falleció José Andrés Vázquez, cuando contaba con 73 años. La Dictadura pasó por alto su pasado regionalista y republicano y poco a poco fue acomodándose a la nueva situación, aunque siempre trató de mantener encendida la llama del andalucismo que él, además, relacionaba con la etapa más apasionante y fructífera de su vida. Su acomodo a la nueva situación lo hizo sin entusiasmo, como quien ya todo lo ha hecho en la vida. Su muerte acabó con un hombre instalado desde hacía dos décadas en el escepticismo y en la discreción.



Retrato de José Andrés Vázquez, por José María Franco

A partir de 1940, como escribe Ruiz Lago, «restringe su trabajo intelectual a colaboraciones en prensa y a la redacción de libros históricos y costumbristas». Publica biografías como las de Velázquez (1942), Arias Montano (1943), Don Miguel de Mañara (1943), o el rey San Fernando (1953) ... así como novelas y obras teatrales de corte costumbrista y escaso brío. Casi como un pelele, fue llevado de un sitio para otro, con frecuencia acompañando a ignorantes políticos, emulando a los títeres de su novela de 1936.

El caso de Fernando Labrador es distinto: lejos quedan ya los años juveniles y bohemios de Sevilla, junto a Alejandro Collantes de Terán, Halcón, Porlán y el resto de los *mediodías*, donde quedaron sepultadas tantas ilusiones y esperanzas. Recluido en la Sierra, con su vitola de hombre peripatético, bebedor y despreocupado, Labrador sufre su propio via crucis personal, ultrajado por una burguesía para la que el poeta no dejaba de ser una especie de oveja negra, un tipo incómodo y decididamente amoral que encarnaba los valores que ellos habían decidido extirpar.

Acabada la guerra publicó el libro *Anticipo lírico de mis tres historias* (Madrid, 1941), anteriormente comentado, escrito en parte en la cárcel de Aracena donde el poeta fue encerrado durante más de veinte días al comienzo de la guerra. El último de sus poemas está fechado el último día de 1936, por lo cual no sabemos qué fue de él en los dos años siguientes. *Anticipo...* fue un libro tal vez mal recibido por la sociedad de la época, de manera que ni siquiera es tenido demasiado en cuenta por sus lectores.

Ya en la carta que dirige desde su finca zufreña de La Cervera el 12 de octubre de 1940 al prologuista Ramón Martínez Cebrián, el propio poeta expresa algunas dudas sobre su oportunidad: «*Son los versos que han vivido intensamente y que quizá no debieran publicarse: no se crearon para ello. Como rimaba para calmar los nervios, escribí lo que sentía; quizá no me favorezcan para nada unas poesías tan sinceras*». El libro quizás hurgaba en una herida supurante todavía y su fracaso debió sumirlo en una profunda perplejidad, pues en él, al tiempo que se describían sus sufrimientos, se cantaba al nuevo régimen, ensalzando sus figuras. Con todos sus defectos, *Anticipo...* presenta momentos de un alto dramatismo, que ligado siempre a lo autobiográfico, lo hacen verdadero, excesivo, pero verdadero. Seis años más tarde vuelve



Foto de carnet,
Fernando Labrador



con otro libro, *Altas cumbres* que es, de todos los suyos, el más conocido, un libro superficial, abonado a un costumbrismo dulzón y colorinista, en el que, de cuando en cuando, brilla un verso brillante, un poema de cierta elegancia compositiva, como ocurre con «*Terrones y cipreses*»:

Tinaones del alma, tinaones;
reses son mis dolores. Como reses,
reveses hay en mí. Son mis reveses
cangilones de noria, cangilones.
Pasiones y suspiros. Mis pasiones
mieses son en sazón, yo siego mieses,
meses vienen y van. ¡Oh tristes meses!
Aflicciones... ¡Oh, sí, sólo aflicciones!³⁵

Altas cumbres es el libro escapista de un hombre que necesita dejarse querer y ser perdonado por su propia clase, pero no existe en él un sólo rasgo ideológico, aunque es cierto, tampoco el menor rastro de dolor. El libro tuvo un cierto éxito entre los serranos, lo que animó al poeta a componer una segunda parte que, eso sí, nunca se decidió a publicar. El que sí dio a las imprentas un año más tarde fue *El alud de mis amores* (Sevilla, 1948), un libro mucho más introspectivo que *Altas cumbres* y en el que nos encontramos con un poeta más sereno y más autoafirmativo, que mira hacia el ocaso de su vida. Poemas como «*Las alegres modistillas*», «*En el vacío perdurable*» o «*Los otros que hay en mí*», todos ellos recogidos en la antología *El afilador pasa*, (Jabugo, 2001), están entre los mejores suyos.

LOS OTROS QUE HAY EN MÍ³⁶

Busqué la soledad de las montañas
pensando que en su paz me dejaría
esta víbora atroz que dura y fría
me muerde y me devora las entrañas.

³⁵Fernando Labrador: *Altas Cumbres*, Sevilla 1947. El poema está recogido en la antología *El afilador pasa*, pág.29. Col. Biblioteca de la Huebra, Jabugo, 2001.

³⁶LABRADOR, Fernando: *Al alud de mis amores*, Sevilla 1948. El poema está recogido en la reciente antología: *El afilador pasa*, p.56. Col. Biblioteca de la Huebra, Jabugo, 2001.

Mas ¡ay! que no es así y en las hurañas
cuevas del roquedal mi fantasía
urde un inquieto afán que alguien me envía
cuando he corrido yo de sus compañías.
Los otros que hay en mí quieren que vuelva
recluyendo mis ropas en un cofre
al goce primitivo de la selva.
Yo taponó a sus voces mis oídos
y con piedra ancestral, cual San Onofre,
estrujo el corazón y sus latidos.

Ya al final de su vida, publica *Azahares dolorosos* (Sevilla, 1963), el último y quizás el más prescindible de sus libros, donde la forma no deja respirar al concepto. Dejó inéditos otros cuatro, *Los jirones del viento*, de un cierto vuelo lírico, *Versos circunstanciales*, con poemas dedicados y de circunstancias, *Desde Aracena a Sevilla* un libro ramplón y efectista que tampoco aporta nada a su trayectoria y que nos retrotrae a una escritura costumbrista y de cierto registro folklórico. Hemos dejado para el final su inédito *El ebrio encadenado*, sin duda el mejor de sus libros, por cuanto en él Labrador se desnuda completamente. Lo pierde quizás un excesivo formalismo (está escrito en sonetos), rasgo general en toda su obra, pero en el fondo es un libro valiente, de impronta anacreóntica, que no estaría de más publicar en el futuro. Llegados a este punto no me resisto a contar un episodio verdaderamente importante y en bastantes sentidos esclarecedor, tanto de su generosidad, cuanto de su aislamiento: estando en la cárcel de Zufre purgando una de sus terroríficas borracheras, vio por la ventana a un muchacho de los llamados *mineros* que venía mendigando; ni corto ni perezoso, le pidió un trozo de pan, a lo que el muchacho accedió, ofreciéndole un mendrugo; el poeta, en agradecimiento, lo puso bajo su protección, haciendo que viviera con él el resto de sus días y luego convirtiéndolo en su heredero. El detalle nos da cuenta de la soledad y de la postración de poeta por esas fechas, así como de su talante humano. Labrador falleció en Villanueva del Ariscal, allá en el Aljarafe sevillano, en 1966, dejando una obra de una cierta superficialidad formal, pero en la que hallamos, de tarde en tarde, el destello del poeta que pudo llegar a ser.



Habíamos dejado al poeta cachonero Luis Pérez Infante cruzando la frontera, sobreviviendo a los bombardeos y a la tuberculosis. Días antes, en Colliure, había fallecido el gran Antonio Machado, a quien él había tratado en Madrid, Valencia y Barcelona. En Colliure se une a los sobrevivientes de la familia Machado y con ellos es conducido a uno de los campos de refugiados más próximos: Saint Cyprien Sur Plage, donde coincide, entre otros, con Francisco Ayala. Son conocidas las condiciones de vida que hubieron de experimentar los exiliados republicanos en una Francia que, amenazada por Hitler, se aprestaba ya para sufrir la Segunda Guerra Mundial. Los españoles fueron alojados en recintos inhóspitos, en las gélidas playas, donde no había condiciones mínimas de salubridad, donde la comida era nefanda, donde no había médicos y los hombres, ancianos, niños y mujeres morían sin que se hiciera nada por impedirlo³⁷. Muchos de estos refugiados se alistaron a la lucha contra el nazismo y conocieron los campos de exterminio alemanes. Otros regresaron a los montes españoles, integrándose en el maquis, esperanzados en que la Segunda Guerra Mundial, concebida como una guerra de las democracias contra los fascismos, acabaría por contagiar a España, llevándose por delante la dictadura. Otros lograron salir de Francia, embarcándose hacia América, gracias a la intercesión de gobiernos como el chileno, el mexicano, o el argentino y a organizaciones humanitarias. Luis Pérez Infante, más muerto que vivo, fue uno de los que tomó este camino. Ante la situación extrema de los refugiados, que se agravaba con la situación de preguerra que se vivía en Europa, el gobierno español en el exilio, con Negrín al frente, acordó con los gobiernos de México y Chile fletar algunos barcos de refugiados hacia ambos países; entre los más conocidos están el *Simaia*, que se dirige a México y el *Winnipeg* y el *Formosa*, que atracarán en Chile. Luis Pérez Infante se embarcó en este último con, entre otros, José y Joaquín Machado, hermanos de Antonio. Según nos cuenta Neruda tanto en *Confieso que he vivido*, como en el articulario *Para nacer he nacido*, la partida de los exilados españoles hacia Chile fue bastante accidentada. El gobierno chileno, con el Frente Popular

³⁷Sobre el tema de los refugiados españoles existe abundante bibliografía pero acaso el documento de primera mano más esclarecedor sea el libro autobiográfico *St. Cyprien, Plage. Campo de concentración*, de Francisco Ayala. Cuad. del Destierro, México, 1942, reeditado en 1990, por la colección *El Fantasma de la Glorieta*, Excma. Dip. de Huelva.



recientemente instalado en el poder y Pedro Aguirre de la Cerda como presidente, convino con el español de Negrín acoger a 2000 de los refugiados. Pablo Neruda, cónsul en París, se encargó de coordinar los embarques, sufragados por la república española y los cuáqueros norteamericanos. Días antes de la prevista partida del primero de los barcos (el *Winnipeg*, un viejo carguero que en sus mejores tiempos transportó cacao) se produjo un cambio de parecer en el gobierno chileno y a punto estuvo de no zarpar, pero a última hora, ante la presión de Neruda, que amenazaba con poner la situación en manos de la opinión pública de su país, la cuestión se resolvió y el *Winnipeg*, que esperaba en Trompeluop, muy cerca de Burdeos, se fue cargando con 2078 españoles, entre hombres mujeres y niños, que iban llegando al muelle en trenes atestados, como nos describe el poeta chileno en el citado *Para nacer he nacido*: «Los trenes llegaban de continuo hasta el embarcadero. Las mujeres reconocían a sus maridos por las ventanillas de los vagones. Habían estado separados desde el fin de la guerra. Y allí se veían por primera vez frente al barco que los esperaba. Nunca me tocó presenciar abrazos, sollozos, besos, apretones, carcajadas de dramatismo tan delirante». La travesía del *Formosa* tuvo caracteres novelescos, pues al avistar Punta del Este (Uruguay) parece que el barco fue *utilizado* como cebo para retener al *Graff Von Spee*, un acorazado alemán que sería autodestruido horas después frente a las mismas costas uruguayas, ante el acoso de tres buques ingleses. El *Formosa* atracó no en Chile, como estaba previsto, sino en Buenos Aires el 15 de diciembre, aunque la expedición de exilados seguiría camino hacia Santiago, a donde llegaron por fin en los últimos días de 1939. Sin pérdida de tiempo el poeta onubense es hospitalizado de su enfermedad pulmonar y durante los siguientes 18 meses luchó a vida o muerte, para incorporarse con posterioridad al Movimiento Chileno de Apoyo al Pueblo Español y más tarde como secretario de redacción al periódico *La verdad de España*. De Chile pasa a Argentina, país que lo verá deambular como activista político durante un breve período, hasta que a finales de 1946 se instala en Montevideo, reclamado por el PCE, para hacerse cargo del semanario *España Democrática*, del que fue director hasta 1956, año en el que las enfermedades vuelven a minar su salud, definitivamente erosionada por las penurias de la guerra. En la ciudad oriental, que ya no abandonará, salvo para pronunciar conferencias sobre el drama del exilio español, desplegará una indismallable actividad política y cultural, vinculado tanto al partido comunista de España,

cuanto a La Casa de España, dirigiendo el CCCL Aniversario de *El Quijote*. En el semanario *España Democrática*, coincide con Rogelio Martínez y Manuel García Puertas, memorias vivas de nuestro exilio uruguayo y a quienes debemos los datos de su transtierro. En Uruguay da clases particulares y consigue volver a montar la compañía teatral *La Tarumba*, con la que ponen en marcha, entre otras, la obra *La niña Guerrillera*, de Bergamín, exilado en Uruguay por esas fechas. En los últimos años de su vida trabajó como vendedor de libros para la editorial Aguilar. Como señala el republicano granadino Manuel García Puertas en la interesantísima nota que antecede al poema *Antonio Machado en el 90º aniversario de su nacimiento*, Infante colaboró en la *Revista de los Viernes de El Popular*, donde llegó a publicar 5 poemas, cercana ya su muerte; por esta nota sabemos que tras un largo silencio, en sus últimos años reemprendió su vocación poética, escribiendo un libro que pensaba titular *Las raíces y romances de alba cierta*, que permaneció inédito. Perfila, además, dos largos poemas: *Me mires como me mires* y las soleares *Saludos a Bergamín en el exilio*. Además escribe un poema dedicado al Che, leído el 23 de febrero en La Casa de España de Montevideo, junto a Daniel Viglietti. Ésta es, según Puertas, la última de sus intervenciones públicas. En todo caso, hay que advertir el significativo silencio que se opera en el poeta andaluz en los primeros años del exilio. Tal silencio hay que achacarlo primeramente a la enfermedad pulmonar que padeció en los últimos momentos de la guerra, agravada por el éxodo y las condiciones lamentables que le esperaron en Francia, pero una vez establecido en América, Luis Pérez Infante consideró mucho más importante trabajar para la causa republicana, en la esperanza de que la dictadura pudiera caer en cualquier momento, de un día para otro. Sólo cuando, tras innumerables decepciones, acepta que el retorno de la legalidad institucional en España es imposible, Luis vuelve a sus escritos. Sus textos uruguayos



Luis Pérez Infante en sus años de madurez en Montevideo. Retrato de José María Franco

denotan su recio compromiso ético y su fidelidad a los principios que le hicieron salir de España. *Sencillez*, hermosísimo texto, nos coloca curiosamente en la corriente estética del purismo juanramoniano, anterior a la contienda. El tiempo en este poema parece suspendido, enlazando con la primavera del 36, cuando su poesía estaba llena de efluvios florales paisajísticos y la difícil sencillez juanramoniana se enseñoreaba de su poesía. El poema, es obvio, se eleva sobre todo el sufrimiento y toda la desazón que han oprimido al poeta y nos conduce a los predios cristalinos de la madurez. El dolor parece haber desaparecido, la resignación se hace presente, sus únicos horizontes posibles son la dignidad -verdadero referente vital en este luchador- y la muerte. *Sencillez* es, más allá de un poema impecable, la última estación de un hombre partido en dos, víctima de las dos españas, rama descuajada del árbol español.

CANCIÓN DE LA SENCILLEZ ³⁸

Sencillez.
 Flor que yo nunca alcanzara.
 Sencillez.
 Buscándote desde niño.
 Sencillez.
 Tú siempre cerca, a mi lado.
 Sencillez.
 Yo lelo y ciego, sin verte.
 Sencillez.
 Ya de la mano, conmigo.
 Sencillez.
 Nunca jamás te me apartes.
 Sencillez.
 Nunca jamás de mi vera.

Luis Pérez Infante falleció en la capital uruguaya en 1968, cuando los vientos parecían desmoronar al dictadura franquista contra la cual había

³⁸ PÉREZ INFANTE, Luis F. : op. Cit. , p. 63. El poema se publicó por vez primera en *Revista de los Viernes de El Popular*. Montevideo, 23 de febrero de 1968.



perdido la salud y luchado tantos años de su vida. Un año después de su muerte, el exilado granadino Manuel García Puertas, relató su último encuentro con el poeta onubense:

«Cayó, así, sin previo aviso, con un flamante atuendo de turista veraniego, sus gafas negras, su magra, quijotesca presencia física. «Vengo a pasar unos días con vosotros», dijo. Y es claro, hablamos, hablamos mucho, como siempre, de nuestra Andalucía, de España, de Cuba, del Uruguay, de literatura, de autores, de amigos comunes, de cosas humanas y divinas. Pocas veces lo vimos más consustanciado con la vida, desbordante de esperanzas y de afán de creación. Ante un reducido grupo de amigos, una de esas noches leyó (recuerdo que de pie), su canto heroico por la muerte del Comandante Che Guevara, y, al leer la estrofa dedicada al Uruguay y mencionar a Artigas, se le quebró la voz, se detuvo un momento y acotó: «Perdonad, pero al mencionar a Artigas siempre me sacude esta emoción». Y una tarde se descalzó y como yo le dijera: «Ten cuidado al caminar por estos bosquecillos, puedes lastimarte los pies» me respondió: «No tengas cuidado, ¿sabes? Quiero sentir bajo mis plantas el contacto directo de la arena, de la tierra, de las primeras hojas caídas de este otoño» y se perdió en la distancia, mientras la postrera luz del sol alargaba su sombra, confundiéndola con la de los valientes pinos. En realidad esas fueron las últimas palabras que retiene la magia selectiva de la memoria, la última visión que tuve de su peregrina figura de redivivo caballero andante, desenfacedor de entuertos y soñador de certeras arcadias. Pocos días después, como un brazo de mar, nos golpeó la noticia de su muerte [...] ¡Hermosa y consecuente parábola la de su vida apasionada por la justicia y la belleza! Flagelado por las enfermedades contraídas en la defensa de su pueblo español, castigado casi siempre por la pobreza porque siempre antes que el mínimo lucro puso por delante su generosa acción solidaria, Luis Pérez Infante, al año de su muerte y mientras aliente nuestra memoria, será siempre un estímulo, un ejemplo severo y tierno a la vez, para todo aquel que esté decidido a enfrentar todo combate por los más hermosos ideales que un ser humano pueda sustentar y por los cuales él laboró y murió»³⁹.

³⁹ El artículo, firmado por M[anuel] G[arcía] P[uertas], se publicó originariamente en la revista montevideana *El popular*, n.º 88, el 20 de julio de 1969 y aquí lo reproducimos por vez primera desde entonces.

El principal problema que nos encontramos a la hora de valorar la obra de Luis Pérez Infante es su inaccesibilidad. Los escasos poemas que publicó antes de la guerra quedaron dispersos en revistas efímeras, hoy inencontrables. Su obra bélica es más fácil de localizar (intervino no sólo en revistas y en antologías nacionales e internacionales, sino que algunos de sus poemas fueron traducidos la ruso, al francés o al inglés), pero no supera la docena de textos. Su obra americana, sin duda la más cuantiosa, quizás nos pueda deparar en el futuro muy agradables sorpresas. En estos momentos, ateniéndonos a la escasa obra que de él conocemos, nos atrevemos a decir que se trata de un poeta e intelectual notable, y junto a su paisano y contendiente Arcensio, el más admirable de los aquí reunidos.

Tras la guerra civil, Fermín Requena, el buen maestro higuereño, es confinado en Algeciras donde trabajó en el pasado andalusí de la ciudad. Recluido, vigilado en su propia casa, lejana ya su agitada vida social, dedica sus horas a la investigación y a la poesía. Recluido en un estricto ambiente familiar, se aquietta muy poco a poco y sólo al cabo del tiempo, restañadas las viejas heridas, olvidado su tránsito de abanderado andalucista, comienza a obtener un discreto pero ganado reconocimiento. Como ocurriera con Vázquez, acaba por granjearse el respeto de los hijos del Movimiento, pero el golpe ha sido demasiado duro, el miedo y la tensión demasiado grandes. Desde su último libro de creación anterior al 36, *Horas fugaces* (1932), hasta la publicación de *María de Todos los Santos* (Antequera, 1960), transcurren casi treinta años, lo que nos da una idea del cambio anímico del escritor de Higuera de la Sierra. Su tránsito por esa especie de exilio



Fermín Requena, en el final de su vida

interior, resiente su pensamiento y la calidad de su obra, hasta el punto que ésta no se puede considerar sino como un triste remedo de la de su juventud. De su efervescencia vital melillense no queda ya nada. *María de Todos los Santos*, dedicado a su esposa, cuyo reciente fallecimiento sume al poeta en un estado de gran melancolía, es su última contribución a un género donde no brilló especialmente, es cierto, pero que le granjeó el respeto de los demás. Los últimos años de su vida transcurrieron en Antequera, y falleció en 1973. De su época final

rescatamos este bello poema, en el que se resume, acaso, toda su desazón vital, y toda la atmósfera existencial que lo acompaña en los últimos años de una vida que se ha ido apagando poco a poco (*mudos testigos tristes*) y a la que ya no le queda gran cosa que esperar.

EN MI VIVIR⁴⁰

En mi vivir, sin vida,
en mi morir, sin muerte,
ni a ver a nadie voy
ni nadie viene a verme.
Del mundo no me importan
pesares ni placeres.
¡En el crujir del alma
la soledad es fuerte!
Mudos testigos tristes
cuelgan de las paredes.
Parece que no hablan,
pero en verdad que sienten.
¡Qué dichoso el silencio
entre perdidos seres!
Si algún día la puerta
entreabierta presentes
y ves cruzar la sombra
de una blancura tenue
de lucero en ocaso,
curioso no te acerques.
Por si fuera la Vida,
o si fuera la Muerte.

Acabado su periplo carcelario, el poeta Daniel Florido, se radica en Algeciras. Allí rehace su vida, manteniéndose fiel a su ideología anarquista. En 1948 fundará la revista *Bahía* junto a Manuel Fernández Mota y Antonio

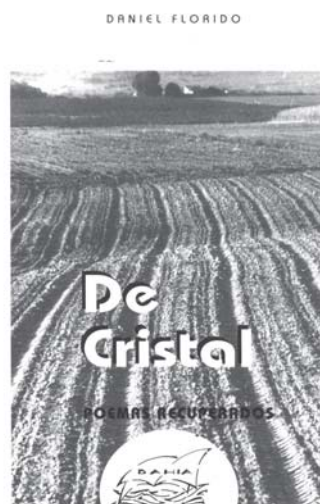
⁴⁰REQUENA, Fermín: *Siguiendo la estela*, Antequera 1973. El poema se recoge en *Flores escogidas*, p 44. Col. Biblioteca de la Huebra, Jabugo, 2001.

Sánchez Campos y frecuentará el periodismo. Como Jesús Arcenio, con el que guarda tan numerosos paralelismos estéticos como previsibles desavenencias ideológicas, frecuentó poco el estrevejín de las imprentas y sólo publicó un libro antes de su muerte: *Mis rutas*⁴¹. Tras su muerte la revista *Bahía* le rinde homenaje en su número 30 y publica *Antología del recuerdo* (Algeciras, 1980). Con posterioridad Manuel Fdez. Mota recoge en un volumen titulado *De Cristal*⁴², gran parte de su obra inédita, así como la aparecida en la revista *Bahía*. De este libro recogemos el poema «Pájaros negros», donde Florido, huyendo de la censura, pero en un lenguaje que no admite dudas (adviértase el papel simbólico de los «pájaros negros»), pero que finalmente apela a lo humano, frente a la sinrazón, al perdón, frente a la negrura:

Si los pájaros negros que habitaron
frondas en mis agrestes pensamientos
rayando azules mapas de los vientos
por otros roquedales me dejaron.
Si alondras de alegría me cantaron
en la sangre, con trinos de contentos,
al nuevo renacer de sentimientos
que los pájaros negros secuestraron.

⁴¹ FLORIDO, Daniel: *Mis rutas*. Col. Bahía, Algeciras, 1972.

⁴² FLORIDO, Daniel: *De cristal*. Col. Mecenaz, Algeciras, 1992.



Edición del libro póstumo de Daniel Florido, *De cristal*, Algeciras, 1990



Si todo es madrugada redimida,
alborada en la flora de mi mente,
y tengo en el latido de la mano
el peso justo y fiel de la medida,
entonces he logrado honradamente
el último placer del ser humano.

La mención de Arcensio no es en ningún sentido banal ni gratuita cuando tratamos la figura de Daniel Florido. En ambos encontramos expresamente un espíritu agrario del mundo, que no se manifiesta tanto en la devoción paisajista que ambos profesan sin fisuras, cuanto en la muy similar interpretación que dan del hombre, como humilde e incierto esqueje sobre el que sigue girando la existencia, aquél que no sólo construye con sus propias manos el paisaje, sino que a través de su mirada honda le confiere su sentido. Tanto en Florido como en Arcensio la inmersión en el paisaje no puede ser entendida más que como la re-construcción minuciosa de sus respectivas infancias, vistas desde el destierro y desde la pérdida, de ahí ese cierto aire melancólico y acaso bucólico-existencial con que los dos poetas serranos se enfrentan a sí mismos. La poesía de Florido, queda dicho, es de tesitura antropocéntrica, con claras coincidencias formales con eso que los críticos han dado en denominar generación del 36, de la que Hernández, León Felipe y Rosales son sus puntales más visibles y paradigmáticos. Con todos ellos, Florido comparte no sólo una sólida defensa de las formas, sino una zurbaranesca, cuando no machadiana, noción de la realidad, donde juegan a la vez realidad y transcendencia, sobriedad y emoción, y en la que no falta tampoco una visión crítica sobre el pasado:

UNA SOLA VEZ⁴³

Vengo sobre este dolor antiguo,
con esta carga de ilusiones rotas,
rotas desde el fugaz presente
de mis manos niñas
y el asalto joven
de mis horas al futuro.

⁴³ FLORIDO, Daniel: *De cristal*. pág. 51. Col. Mecenias, Algeciras, 1992.



Atardece.
Ya no cantan alondras ni alboradas,
tan sólo en las arcadas del recuerdo
tengo nidos de antiguas golondrinas.
Lo caminos legados por los hombres
con cadenas al tobillo
de sus horas
son montañas de gritos
sangrando asesinados días.

Florido, presenta a lo largo de su obra una fidelidad absoluta a sus ideales libertarios y panteístas. Desterrado de su niñez y de sus campos genealógicos, alejado de ese *lost paradise* mítico en el que se desenvuelve su infancia, vive en carne propia esa punzante dualidad entre el dolor de la pérdida y la imposibilidad de volver. Es impensable para él regresar a una tierra, a un pueblo, donde tantos amigos, familiares y conocidos suyos han sucumbido ominosamente y donde la vieja oligarquía sigue plantando sus reales. Pero Daniel Florido, hombre de dehesas, es un extranjero en el ambiente urbano y portuario, que soporta sobre sí el dolor añadido y omnipresente de la derrota, un hombre de extracción humilde que gusta de recrearse en una piedra, en un árbol cualquiera, en las contumaces abejas, en una estrella errática... para desde ellas echar afuera (acaso echar adentro) ese ser adolorido pero profundamente esperanzado que le zumba por dentro. Pero lo que nos llama más poderosamente la atención de Florido es su serenidad frente al pasado y su esperanza tranquila frente al futuro. No hay en su obra ni un sólo gesto de resquemor ni de cólera, él, que ya perdido todo, a punto estuvo de perder la vida a mano de los vencedores. Horaciano hasta la médula, pero jamás resignado, Florido aparece en sus versos como un hombre que supo hacer frente con dignidad a la derrota, y jamás se cebó en sus mínimas victorias. Detrás de sus palabras, pocas y grandes, irregulares acaso como un río del sur, se esconde sin duda más que un buen hombre, un hombre bueno y es ahí donde Florido nos hace reflexionar, donde su poesía se vuelve habitable, necesaria, humanamente plena y conmovedora, a pesar de que no atisbamos en su poesía genialidad, sino más bien torpeza. El poeta santaolallero fallece en Algeciras el 1 de mayo de 1974, tras un curioso incidente con el alcalde la ciudad campogibraltareña que no es



ocioso recoger aquí, siquiera brevemente: Durante su período algecireño se ganó la vida en un viejo quiosco de prensa y literatura, como tantos otros anarquistas, pero a finales de 1973 fue despojado del quiosco con la excusa de que habían de hacer obras en la calle donde éste se ubicaba. Terminadas las obras, el alcalde no le restituyó, como era lo acordado, el quiosco, para lo cual Florido consiguió una cita con él: la cita fue todo lo tensa que se puede imaginar entre dos personajes tan antagónicos en lo político, de manera que Florido no consiguió lo que había ido a pedir y así, con la irritación del momento, murió unas horas más tarde. Lo dejamos con este poema, acaso entre lo mejor de su producción, en el que podemos percibir, como ocurriera en *Sencillez* de Pérez Infante, el aliento todo de una vida («la huella» del antepenúltimo verso), de una consciencia (transparente y cristalina), en contraposición a una realidad que para él, y por contraste, debe ser opaca y sucia:

DE CRISTAL⁴⁴

De cristal quiero la palabra.
Y transparente la conciencia:
de cristal.
Para los besos de mis brisas,
bosques verticales. El pecho...
de cristal.
El labio, que después del beso
diga claro, sonoro diga:
de cristal.
Y la huella que dejó mi paso,
rosas blancas en limpios búcaros,
de cristal.

El caso de Jesús Arcensio se nos antoja el más conflictivo de cuantos hemos estudiado, y eso, tanto desde el punto de vista psicológico, como del literario. Para Arcensio el curso bélico de la contienda debió ser fuente de

⁴⁴ Daniel Florido: *De cristal*. pág. 13. Col. Mecenaz, Algeciras, 1992.



optimismo, pero el horror y las calamidades vividas, los estragos que la guerra dejó en su Galaroza natal, donde fueron fusilados muchos hombres de su edad, tal vez compañeros de escuela o de juegos, le hacen observar la guerra como una pesadilla inmoral, como una catástrofe humana y, lejos de redimirse en la victoria, se ve cayendo muy poco a poco en el tremedal de la depresión. La guerra ha supuesto para el cachonero una verdadera catástrofe personal, una pérdida de la inocencia y de su fe en el hombre. Por eso es especialmente significativo que en abril de 1939, conciba el siguiente soneto lleno de angustia y de decepción, que no nos ahorra ni siquiera un título realmente proverbial. En él, Arcensio clama por su vuelta a la inocencia, por el retorno a los orígenes, a un mundo paradisíaco en el que el horror quede definitivamente desterrado, pero esto, él lo sabe, es imposible, y así, el resto de su vida se verá contaminado por el recuerdo doloroso de la guerra y todo lo que la guerra supone de traición al hombre, de insania, de gratuita crueldad, de atrocidad sin límites, de inhumanidad, en suma. Un hombre como Arcensio, abonado a la belleza y al ideal, no puede digerir tanta tanta barbarie y mucho menos, que tal barbarie pueda ser presentada, edulcorada o justificada desde la visión del ideal. Como un nuevo y heroico Sísifo, Arcensio, se verá a partir de este abril de 1939, transportando la pesada piedra de su existencia, en la que el recurso del suicidio aparece y desaparece de continuo ante su vista. Pero volvamos al poema:

SONETO DEL RETORNO A LOS ORÍGENES⁴⁵

Devolvedme a la pura, a la suave
navegación de albas y de rosas,
Señor. Vuelva mi sangre a ser la nave
que, en rumbo de bondad hacia las cosas,
del sencillo saber lleve la clave.

⁴⁵ ARCENSIO, Jesús: *Sueño y costumbre*, pág 86. Col. Biblioteca de la Huebra, Jabugo 2002.



Haz que olvide, Señor, las horrorosas
cosas que sé, y arráncame la llave
que me abre puertas a las espantosas
voluntades en llamas de las venas
contrarias. Vuelva su visión de estreno
a mis ojos. Florezca en azucenas
esta semilla amarga que me hiende
la carne. Con rigor de duras penas,
extíngase este infierno que en mí prende.

Poco sabemos de su participación bélica, aunque podemos colegir que conoció al poeta y falangista soriano, Dionisio Ridruejo, a quien debió tratar y admirar como hombre y poeta, y cuyas posturas críticas con la dictadura en la primera y tremebunda posguerra, no debieron resultarle ajenas en modo alguno. Sea como fuere, su retorno a la paz se nos antoja errático. Galaroza, Huelva, Madrid son algunas de sus estaciones de penitencia. En la capital española trabaja un tiempo como censor, periodista y agente de seguros, pero Madrid es en los primeros cuarenta una ciudad muerta (una ciudad con un millón de muertos, que diría Alonso), aniquilada, llena de escombros humeantes y un olor a podredumbre por doquier. El ambiente cadavérico de la ciudad, las supremas dificultades de hallar arraigo en ella o quizás su emocional relación con Huelva y Galaroza le hacen volver a las primeras de cambio. La vuelta es, claro, dolorosa, por cuanto viene a significar un cierto fracaso personal. Al fin y al cabo resuelve ir a Madrid a intentar *colocarse* como escritor, extremo que no consigue. De esta época son las cartas y los poemas que dirige a Adriano del Valle, poeta vanguardista que él conociera en Huelva, y que ahora, al albur del nuevo régimen, se ha venido a convertir en una especie de poeta mayor o, al menos, muy bien situado, de manera que no es de extrañar que el poeta cachonero intente una tímida conexión con el sevillano, a lo que deducimos, frustrada. Será su penúltimo intento de volver al mundo literario que en estas horas percibe como una vuelta a los orígenes. Así pues, Arcensio retorna a la capital onubense donde al cabo regentó un bar nocturno, una pensión y un conocido cabaret. En octubre de 1942 aparece en la capital onubense la revista *Chabola*, dirigida por el cachonero, en cuyo primer y único número aparece «*Acusación a Israel*», uno de los poemas más terribles

compuestos por Arcensio y el que más lo compromete política y moralmente. Por este poema y otro titulado «*Aviso a Nueva York*», podemos colegir la profundidad de su desgarró, la rabia íntima que lo sacude, la extrema impotencia que lo rodea. El poema hay que concebirlo como un aullido en medio de la oscuridad. Nueva York, como los judíos de «*Acusación...*» viene a representar la profunda deshumanización de una sociedad sin valores, sin más propósitos que el enriquecimiento personal, que la entronización del dinero sobre los valores humanos. El poema nos recuerda, ciertamente, al Lorca de *Poeta en Nueva York*, pero, dado que el poema fue escrito en Galaroza en 1940, y el libro lorquiano no verá la luz hasta 1941, no podemos hablar de influencias:

[...]
 ¡New York! ¡New York!⁴⁶
 Tú crees que no hay sangre,
 porque tus ruidos ahogan al del pulso.
 Tú, sólo crees
 en el acero y en la gasolina,
 en el dólar, y un poco en el cerebro.
 Sin embargo, -New York...New York...-
 tu nombre dice sangre.
 Todos tus músicos negros
 cantan en cada fox, en cada rumba:
 Sangre. Sangre. Sangre. Sangre.
 Tú no los oyes porque Ford y otros
 están sonando siempre
 sus bocinas.
 Apagando siempre
 la voz del hombre.
 Taponando siempre
 tus teléfonos todos, tus ventanas,
 con voces como éstas:

⁴⁶ARCENSIO, Jesús: *Sueño y costumbre*, págs 89-92. Col. Biblioteca de la Huebra, Jabugo 2002.



¡Millares de millones de dólares! ¡Billones!
Novecientos kilómetros por hora.
Catorce mil motores...
¡Se centuplica el tonelaje
de la aviación mercante y la marina!
Pero tu nombre
dice sangre, ¡sangre!
En inglés, en alemán, en chino,
en español; ¡en todos los idiomas!
Y tú, sordo.
¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre!
Sangre y humano pulso
para esas cosas mecánicas
que has hecho de tus hombres.
[...]

Acusación a Israel participa del mismo tono desabrido y novedoso en la escritura arcensiana, y supone acaso su más enérgico poema, descaradamente antisemita, donde se acusa a Israel, como antes a Nueva York de todos los males del mundo (de alguna manera, Arcensio se siente obligado a encontrar culpables a su martirio interior, a ese infierno donde permanece instalado), para lo cual no hay mejor obra que acabar con el judaísmo, visto como una lacra mundial, que todo lo corrompe. El poema, ciertamente, sobrecogedor, que se ceba sin lugar a dudas en la causa anti-judía, acaso como un guiño al régimen neofascista de la España del caudillo, parece arremeter sesgadamente contra la derecha española más reaccionaria, que ha llevado al país a la ruina síquica y material. En el resto de poemas escritos en esta primera y oscura posguerra se impone un tono adolorido y amargo, en el que se entrevé una clara decepción política. El caso es que la vida significa para Arcensio un infierno del que no es fácil escapar. Su poesía, antes amable y de cierto tono contemplativo, se torna hispida, amarga, de una melancolía y de una indefensión absoluta. Arcensio, que ha ganado la guerra, lo ha perdido todo: amigos, contactos, trabajo, ilusiones, ambiente... Se instala así en un ciclo depresivo, el primero de los que conoció en vida y que le conduce a un primer intento de suicidio en 1945. La ciudad onubense es en la década de los cuarenta un verdadero osario cultural donde

brilla por sí misma la sola voz del poeta serrano, convertido, a su pesar, en una verdadera isla cultural. Manzano, Buendía, Amós Sabrás, Díaz Hierro... abandonan la ciudad tras la contienda y Arcensio queda cortocircuitado. Su poesía se vuelve desabrida y amarga, en lo emocional, e impecable desde el punto de vista formal, pero ya enajenada de las corrientes poéticas que en esa década atroz se abren paso en suelo español. La suya es ahora una poesía confesional, preñada de emoción humana, de conflicto interior. Superada la crisis de 1945, en cuyo momento crítico se arrojó al tren, fruto de lo cual le quedaron manchas de carbonilla en su rostro, Arcensio comienza a remitir en su propia angustia y se convierte en un personaje nocherniego, en el que se expresa un cierto y aséptico escapismo. Los jóvenes poetas onubenses lo ven, a pesar de su condición de inédito, como un verdadero referente literario, como un maestro. La década del 50 será para Arcensio una etapa tranquila en lo psicológico, al lado de Ángeles Otero. Poco a poco la ciudad, con las nuevas generaciones, va saliendo de su marasmo cultural. De 1955 es acaso su poema más conocido, «Autorretrato» en la que Arcensio se nos muestra como un hombre demediado, partido en dos. El poema hay que verlo, como una eco-psicografía, si se me permite el término:

AUTORRETRATO⁴⁷

Este que aquí, de pan e incertidumbre
vive y desvive un poco cada día,
éste soy yo, de afán y de agonía,
de sed y agua, de ceniza y lumbre.
Hombre partido en dos- sueño y costumbre-,
hombre de hielo ardiente y llama fría
a quien lenguas de dulce poesía
laman la llaga de su pesadumbre.

⁴⁷ Publicado en julio de 1955 en el diario *Odiel*. ARCENSIO, Jesús: *Sueño y costumbre*, págs 113. Col. Biblioteca de la Huebra, Jabugo 2002. Existe una preciosa segunda versión de este poema recogido también en la antología citada.



Hombre, al fin, como tú, como cualquiera,
que no sabe quién es ni a qué ha venido
ni el color de la muerte que le espera.
Un hombre que ama y sufre, que ha bebido,
que es malo y bueno... y que, en verdad, quisiera,
si hay que morir, morir como ha vivido.

La crisis personal que viene soportando con altibajos desde al menos 1939, se vuelve a avivar a mitad de los años sesenta. En torno a 1962 constatamos un segundo intento de suicidio y su separación de la madrileña Ángeles Otero. De esta época es, sin duda, el poema «*Dolor cósmico*», en el que el poeta revisa su propia vida y viene a referirse una vez más a la sima que para él supuso la guerra:

DOLOR CÓSMICO⁴⁸

Con voz de fuego por el aire clama
este dolor de siglos que en mí prende,
este dolor que me habitó en el Caos
cuando yo era un arcángel todavía.
Anterior a la nada quebró luego
la serena alegría del Origen,
a la primera luz muerte de sombras
dando veneno a la sencilla planta.
Hizo amarga la sangre de la hiedra,
fieras amamantó, rompió panales
y dio a la piedra dolorosos filos,
haciéndome por esa dura escala
llegar hasta tu fría indiferencia
que labra en llanto mi total ruina.

El poeta, pues, se encuentra unguado a la nada, atezado por su fracaso vital, aislado, consumido por la incertidumbre. En medio de este caos, como

⁴⁸ ARCENSIO, Jesús: Op. Cit p. 125.

un intento desesperado por encontrar alguna salida, el poeta recurre a Dios, como refleja este impresionante soneto fechado el primero de mayo de 1965:

EN LA BUSCA⁴⁹

Señor, ando perdido, no te encuentro.
Mala es, Señor, es mala encrucijada
esta donde se encuentra desplazada
mi alma tan sin norte y tan sin centro...
Yo quisiera, Señor, sentirte dentro...
ya caricia, ya fuego, ya lanzada,
frío, beso, calor, suspiro, espada;
al pensamiento rumbo, al amor centro.
Por eso vine aquí; para buscarte,
Señor, sólo por eso, y no me extraña
que ya me encuentre al filo de encontrarte.
Siento ya que una dulce luz me baña
y comienzo a sentirte y a escucharte
como latido de mi propia entraña.

Los '70, recompuesta la actividad cultural en la capital onubense, serán años de reconocimiento para el autor serrano. A estas alturas, Arcensio es un poeta secreto, inédito en libro. En 1975 aparecen sus *Treinta sonetos*⁵⁰ que debemos considerar como una especie de antología personal de toda su obra, siguiendo un orden que se nos antoja aleatorio. Muchos de los sonetos que allí aparecen son, aunque retocados, claramente anteriores a la guerra civil, y más concretamente de su periodo vanguardista. En ellos advertimos, más allá de su rigor formal, a un hombre de claros y nubes, a veces esperanzado y otras pesaroso, pero quizás ahogado por el excesivo formalismo del soneto. Entre 1974 y 1978 colabora en el diario *Odiel*, publicando

⁴⁹ ARCENSIO, Jesús: Op. cit. p. 127.

⁵⁰ ARCENSIO, Jesús: *Treinta sonetos*. Dip. Prov. de Huelva. Huelva, 1975.



Jesús Arcensio y Arrabal, en Huelva, 1990

poemas, algunos de los cuales nos remiten a la década de los 30. Es curioso y sintomático advertir la fijación arcensiana por el período pre-bélico en la datación de sus poemas. Pareciera como si el poeta desde el estallido de la guerra viviese una experiencia vicaria y diferida, ajena a él

mismo, como si fuera un fantasma sobreviviente de sí mismo, circunstancia que lo emparenta con muchos exilados interiores y exteriores, como Bergamín o Pérez Infante y en menor medida José Andrés Vázquez o Requena. Una y otra vez el poeta vuelve sobre aquel tiempo resplandeciente y sobre aquellos cielos limpios, huyendo de los recuerdos posteriores, refugiándose no sólo en los recuerdos, sino en los textos que entonces escribiera. En 1982 publica lujosamente su segundo libro, titulado *Doce poemas*⁵¹, con ilustraciones del joven pintor onubense Miguel Díaz. *Doce poemas* es un libro de mucho más aplomo y de mayor introspección humana que *Treinta sonetos*, pero sin acceso alguno para los lectores. En él se ve al poeta de bruces ante la incertidumbre y cara a cara con el dolor; un Arcensio, en definitiva, que se niega a aceptar la expulsión del paraíso:

ROBINSÓN DE MI TIEMPO

Todos van. Todos vienen.
Yo, parado, a las doce, en esta esquina
sobre el asfalto quieto,
porque he perdido el Norte de mi tiempo.

⁵¹ Jesús Arcensio: *Doce poemas*. Ed. Celacanto. Huelva, 1990.

No me sirven mis pasos
-pasos a estrella nube, pájaro-
para andar entre bosques de oficinas,
almacenes y bancos.
La calle es una selva de cemento
tan extraña a mi pie, que ando perdido,
totalmente perdido. Aquí, clavado,
miro mis viejos mapas
donde se escribe amor con A mayúscula,
que me señalan rumbos cordiales
del nacer al morir. Y no me sirven.
Estoy aquí, esperando
que alguien llegue y me hable.
Pero
todos pasan con prisas,
sin mirar, pronunciando
palabras que no entiendo: reactores,
kilowatios, salarios, dividendos...
Yo sigo aquí, perdido,
aislado en este tiempo que no es mío.
Y pasan, van y vienen cuerpos, sombras...
Cruzan y vuelven a pasar, indiferentes,
sin mirar que hay un hombre en una esquina,
perdido, extraviado
en la isla de un tiempo que no es suyo.

Con la llegada de la democracia, Arcensio siguió creyendo en los ideales falangistas, él, que se mantuvo alejado de la política durante toda la dictadura. Su escasa obra de senectud nos habla de un hombre que ya ha encontrado el descanso y la serenidad y que se mantiene ajeno a los embates del exterior. No me resisto, pues, a reproducir el poema «Otoñal», que es acaso uno de los textos más impresionantes y bellos del poeta serrano y donde observamos a un hombre sensible que se apresta a su final:



OTOÑAL⁵²

Cuando el viento desnuda
de sus amarillas banderas a los álamos
y riega el sueño de oro a los membrillos
y es un halcón helado
que persigue a los últimos jilgueros
y trae a nuestro cuarto
el aliento mojado de la tierra.
¿No sentís el temor, el sobresalto?
¿No habéis tenido miedo que cualquier
manzana desprendida de un árbol,
casi podrida ya, de tan madura,
se os desgajase el corazón? ¡Oh, cuánto
pesa un maduro corazón! La leve
brisa que mueve apenas un delgado
suspiro, lo derriba
¡Ay, cómo pienso, ahora, en una mano
de nieve que vi un día, a una manzana
alzar del suelo hasta los dulces labios!
¡Quién sabe corazón, si cuando quedes
rendido de la pena, desgajado
del peso de estos sueños
por esa mano, tú serás alzado!

Como es de sobra conocido, Jesús Arcensio se suicidó un día de otoño de 1992 en un parque sevillano tras haberse despedido de todos los suyos. Tenía 81 años. Frente a él, una exultante pareja de novios se entregaba a los gratos rituales del amor. El sonido de un disparo quebró la idílica escena. Jesús Arcensio se habría quitado la vida a consecuencia de una enfermedad terminal diagnosticada poco antes. Un hombre que había buscado frenéticamente la vida, que se había perdido en los entresijos de la noche -

⁵² ARCENSIO, Jesús: *Sueño y costumbre*, págs 148. Col. Biblioteca de la Huebra, Jabugo 2002.



la real y la metafórica-, que había amado y dudado, sufrido y bebido, no quiso, como escribe Baena, esperar en una cama a La Parca, sino que fue a buscarla, en un último gesto poético, a un jardín sevillano. Era la tercera vez que lo intentaba. En un bolsillo de su chaqueta se encontró un papel ensangrentado y dentro estos versos:

*Morir en un jardín,
junto a una fuente.
¿Qué más puedo pedir?
Es suficiente.*

Terminada la guerra, el caleño Gabriel García-Gill fue enviado a León para allí purgar su escaso valor patriótico, como refleja alguno de sus poemas. Más tarde cursó estudios de Filosofía y Letras en Sevilla y de Periodismo en Madrid. Formó parte de la tertulia cordobesa *Nómadas*, donde coincidirá con algunos elementos importantes de *Cántico* (cuyo primer número no saldrá hasta 1947), que viene a suponer una ruptura formal con las dos revistas más representativas de la época: la tremendista *Espadaña* y la garcilasista *Escorial*. La publicación cordobesa supone, en efecto, un importante giro en la poesía española de la época, introduciendo elementos hedonistas y barrocos y, lo que acaso sea más importante, rompiendo el aislamiento interior a través del acercamiento a los grandes poetas del exilio, caso de Cernuda o Juan Ramón. Gill colaboró en distintos diarios de la capital mesetaria, como *El español*, del que llegó a ser corresponsal en Tánger. En Madrid fundó y dirigió las revistas *Origen* y *Ateneo*. Entre 1950 y 1954 fue pensionado por el CSIC, trabajando en Inglaterra, Francia, Bélgica o Italia. Desde 1954 y hasta la fecha de su jubilación trabajó como funcionario internacional, lo que le llevaría a visitar distintos países del mundo, extremo que queda reflejado en su obra. Falleció en la ciudad suiza de Ginebra, donde había establecido su residencia, en 1993. Su obra conocida consta de tres títulos, todos aparecidos en un intervalo de tiempo relativamente corto. El primero de ellos, publicado en 1960 por la colección *Agora*, dirigida por la cordobesa Concha Lagos, tiene el significativo título de *En la plaza del hombre*. Sobre él planean las características esenciales de su obra, que son, a mi modo de ver, la pulsión existencialista, la memoria planteada tanto como refugio cuanto como dolorido temblor, y la preocupación por



el hombre, en su dimensión íntima, pero no exenta de preocupaciones trascendentes o sociales. Así, junto a versos de un fluido sentir, de serena aceptación del mundo, sorprende una beta adolorida, de llamadas a un hombre avergonzado, herido, amenazado, humillado, arrancado definitivamente del paraíso.

HUÉSPEDES DE LA VIDA⁵³

Yo soy como la estancia donde habitan
los inquilinos de su propia sangre,
huéspedes que me cambian
porcelana por vino, agua por pan,
recuerdos por futuros,
puñales por puñales.
La estancia que se paga y que regala
el alimento entero de la vida.
Todo viene y me llega,
todo sale de mí, se corresponde.
Si estoy aquí, es lo mismo que si vivo en
la vertiente opuesta.
Todo llega y penetra y se incorpora,
se cuece aquí en el centro,
se enciende y se machaca en esta fragua
de chispas de metal, en la farmacia
de frascos dibujados, perfumados,
donde el agua de ayer se purifica,
en la bodega honda
donde el grano revive
como un microbio nuevo
y explora la salud lejos del vino.

⁵³ GARCÍA -GILL, Gabriel: *En la plaza del hombre*, Ed. Agora, Madrid, 1960. El poema está recogido en la antología *Retorno al hombre*, p. 16. Col. Biblioteca de la Huebra, Jabugo 2004.

Solo el hombre, apartado,
 con su fragua parada o encendida,
 solitario y mirándose,
 devuelve y regenera la existencia.
 Sabe entonces que tiene
 realidad de los ríos,
 plenitud del sereno firmamento,
 mundanidad del mundo,
 miedo del pez que nace,
 de la estrella que estrena su mirada,
 puro miedo plural
 del instante del mundo,
 de la vida que anda y que refleja.
 Yo soy como la estancia donde habitan
 los inquilinos de su propia sangre,
 huéspedes como aliento de la vida.

En este libro que tanto tiene de catártico, está presente un feísmo que parece surgido de las corrientes tremendistas y existencialistas que por la época jalonan el horizonte literario español, pero tamizado, eso sí, por una dicción netamente andaluza, en la que la luz y la esperanza tienen también su cabida. Exactamente un año después, en 1961, aparece *La fuente resurgida*, el segundo de sus libros, cuyo título, muy significativamente, surge de un verso de Jorge Guillén que, junto a Juan Ramón, será, quizás, su autor más querido. Si su primer libro se escoraba hacia un angustiado sentir, en *La fuente resurgida* ahonda en el equilibrio entre angustia y esperanza, entre belleza y aflicción. El poeta vuelve a reflexionar sobre la

Gabriel García-Gill

Retorno al hombre
 (Antología poética)




 Asociación Literaria Huelva

Portada del libro *Retorno al hombre*, de Gabriel García-Gill, Jabugo, 2003



incierta existencia del hombre, pero prepondera su visión sobre la convulsa belleza, sobre los sueños con los que el hombre ha sabido amortiguar su propio acabamiento. La obra, que no está exenta de una particular melancolía, podría concebirse casi como de celebración. Su temperatura emocional es, sin embargo, inferior a *En la plaza del hombre*, un libro que se me antoja más necesario y catártico. Pero veamos uno de sus poemas más interesantes:

SOLEDAD DE LOS HOMBRES⁵⁴

Volveremos a estar en Nueva York los hombres
perdidos, como pájaros dorados del desierto,
como esta tarde estamos
en el bar de las lámparas azules,
bajo un secreto azul de catacumbas,
sin la mano que da la compañía.
Y cantaremos himnos en sus barrios
sórdidos y escondidos, donde la gloria sube
desde abajo y se muere de tedio y abandono,
en Manhattan, la isla de perlas y de luces.
(Yo estoy solo esta tarde
en este bar de lámparas azules
y otro hombre a mi lado
está solo también con su miseria.
Pensylvania camina con acero y con hierro
hacia los animales del Oeste,
buscando el mar de espumas que es casi Grecia ya
y atraviesa unos campos parecidos
a los verdes olivos que Ulises contemplaba).
Volveremos a estar en Nueva York los hombres
y cantaremos la desesperanza.

⁵⁴ GARCÍA-GILL, Gabriel: *La fuente resurgida*, Ed. Argos, Madrid, 1961. El poema está recogido en la antología *Retorno al hombre*, pág. 46. Col. Biblioteca de la Huebra, Jabugo, 2004.

Con puñales de dioses brillantes y calientes
 volveremos a un templo para matar las horas,
 con el miedo en la carne y en el alma,
 perdidos como pájaros que están en el desierto.
 (Yo estoy solo esta tarde con el hombre
 que acaba de llegar, junto a la lámpara.
 La emoción de los puentes
 que cuelgan sobre el agua, sobre el barco,
 sobre esos marineros que andan por las estrellas,
 con las luces de Brooklyn y del río,
 me entrega en unas manos solitarias.)
 Volveremos a estar, pero vendremos
 tan solos y vacíos como esta tarde,
 Hombres solos de mundos interiores.

En 1963 aparece el tercer y último de sus poemarios, *Mañana no ha llegado*, publicado por la prestigiosa colección *Adonais*, la más relevante colección de la época. 1963 es un año de tranquila ruptura en la poesía española del interior, por cuanto que ya agotadas las vías de la poesía social, se inicia un nuevo cambio de rumbo, en el que el lenguaje cobrará una gradual importancia, extremo que será del todo evidente con la llegada fulgurante de los novísimos en torno a 1968, como tan certeramente ha analizado Juan José Lanz en su *Antología de la poesía española, 1960-1975* (Espasa-Calpe, Madrid 1997). *Mañana no ha llegado* es, acaso, el libro más redondo y equilibrado del poeta caleño. Tanto el dolor como la celebración, tan presentes en su primera y segunda entrega respectivamente, aquí se atenúan en una voz entrañada y cordial que refleja la incertidumbre, la soledad y la angustia del acabamiento:

EL LENTO VIVIR⁵⁵

Con el lento vivir
 se siente lo que falta:

⁵⁵ Gabriel García-Gill: *Mañana no ha llegado*, Ed Rialp, Col. Adonais, Madrid, 1963. El poema está recogido en la antología *Retorno al hombre*, pág. 71. Col. Biblioteca de la Huebra, Jabugo, 2004.



una palabra, algo
que roe muy cerca y queda
lejísimos...
Se siente
un molino invisible
que da vueltas y come
por dentro la materia.
Una mano suave
que desearía encontrarse
tocando cada cosa.
Se siente todo lo que
falta y lo que se tiene.
Soledad solidaria
del hombre con los otros
hombres que viven solos.
Amor por todo. Un río
que refleja el paisaje
de la vida en su seno.
Concentración, pureza
y amistad del silencio.

Tras esta apretada trilogía, la voz de Gabriel García-Gill enmudece. Nada sabemos de las circunstancias que rodearon este silencio. Su nombre, ausente de las antologías y estudios de la época, apenas si se asoma a dos obras recopilatorias, la *Tercera antología de Adonais* y la *Historia de la poesía en Huelva*, de Baena y Tello, donde se le conceden unas líneas, tomadas seguramente de la solapa de su último libro. De todas formas, es de todos los autores estudiados el que mejor encaja en su propia biografía el turbión de la guerra.

«Salí en aquel éxodo de pesadilla -dantesco decían con razón los periódicos- a través del Ampurdán y hacia Francia. No caí en ningún campo de concentración; tuve esa suerte. Mi mujer me aguardaba cerca de la frontera mirando día y noche pasar y pasar por los caminos tantos y tantos desgraciados con la derrota en el cuerpo y en el alma. Más tristes que el hambre y el potaje de limosna, más

desoladas que las arenas y el viento del mar estaban en Inglés las mentes. Los soldados que entraron formados llevaban un silencio que no vibraba, un silencio de muchos, todos, todos los cuerpos como sacos arrastrando los pies; ochenta kilómetros a pie; cuatro días de marcha, de combate, derrota, de bombardeos, de cañones. [...] Y así volvemos cada uno a estar frente a su destino personal, sin patria, sin profesión -prisioneros o vagamundos-.

No ha sido muy mala mi suerte hasta ahora. Mi vida estuvo a punto de perderla en Figueras. Tengo a mi mujer, a quien tampoco dejan ser rumana. He llegado hasta aquí. No tengo ni trabajo ni dinero.[...]»⁵⁶

Este documento de Miguel Pizarro es una carta a Federico de Onís desde el barco que lo conduce a Nueva York, donde también concibe un poema que es tanto una entrañable réplica a Federico, cuanto un fiel autorretrato:

FLECHA sin blanco,
volando voy sin tino.
Volar será mi blanco,
mi destino,
eterno en el instante del camino.

Saeta de Zenón,
quieta en el aire,
sin herir ni caer,
sin dar en otra parte.

En efecto, junto con su esposa, que lo espera en Francia, parte hacia Estados Unidos donde trabajará de profesor en el Brooklyn College de New York y le nacerá



Autorretrato de Miguel Pizarro

⁵⁶ PIZARRO, Miguel: *Poesía y teatro*, p. 26, Dip. Prov. de Granada, Granada, 2000. El fragmento también se reproduce en *Poesía reunida* Col. Bca. de la Huebra, Zafra, 2005.



Águeda, su única hija. En esta ciudad intensificará su relación con los exilados españoles, entre ellos Ángel del Río, la familia Lorca, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Juan Larrea o José Manuel Blecu. Allí vivirá el drama de la España Peregrina, pues si bien la acogida de los intelectuales republicanos en Estados Unidos fue muy satisfactoria, la imposibilidad de volver a abrazarse con los suyos, las esperanzas truncadas del regreso una vez acabada la Segunda Guerra Mundial, en lo que ellos entendieron como una flagrante traición (la segunda en pocos años) de las potencias democráticas a España -como nos relatara el paisano Luis Pérez Infante desde sus artículos uruguayos-, su estatuto de despatriados, va a pesar en todos ellos de forma obsesiva. En palabras de su hija, Miguel Pizarro era en el Brooklyn de los cuarenta y de los cincuenta «un hombre inadaptado». Refiere Águeda Pizarro la diferencia existente entre los escritos de su padre en la década de los cuarenta, donde el poeta se aferra todavía a la idea de España, desde un tono enérgico pero esperanzado en sintonía con el parecer de que el regreso sería próximo, con respecto a los cuadernos escritos en la década de los 50 en los que prepondera la idea de la muerte, que es una manera de asumir el fracaso ante la tozuda realidad de un franquismo que es instrumentalizado como mal menor por parte de las potencias ganadoras de la segunda guerra mundial. Toda esta tensión, todo este estado de ánimo los resuelve Pizarro en su drama *Auto de los despatriados*, que en la certera observación de su hija, encarna esa bipolaridad intelectual y espiritual entre el noh japonés y nuestro autosacramental: «*Lo más original de este noh (quizás el único en castellano) es que también se puede ver como un autosacramental del Siglo de Oro. La idea del sino tan aparente en La vida es sueño y del deber (como el bushido del samurai, el hybris del héroe griego) se funden con la del carma*»⁵⁷. En todo caso existe en este drama un dolor clamoroso por la pérdida de su tierra y de su patria, un vacío donde encuentra rescoldos de esperanza:

Fui por los pueblos buscando,
pregunté de puerta en puerta...
El reino que yo perdí
a ninguna luz se encuentra.

⁵⁷ PIZARRO, Miguel: *Poesía y teatro*, p. 23. Dip. de Granada, Granada, 2004. El lector interesado podrá encontrarlo también en PIZARRO, Miguel: *Poesía reunida* (Bca. de la Huebra, 2005).

Mis amores ya no son
ni nadie que de ellos sepa.
Pero el vacío en mi pecho
me canta que espere y crea.
A la orilla de la espuma
me saldrá la luna llena⁵⁸.

Entre 1945 y 1952 escribe un diario en el que irá profundizando sobre los temas que más le preocupan, como son el drama español y la idea de España, nuestro Siglo de Oro o el budismo. Son años en los que se va radicando en él una vuelta al catolicismo, al tiempo que estudia la cultura sefardí, el sufismo y la cultura japonesa. En 1952, una crisis psiquiátrica lo obliga a recluírse temporalmente en la clínica de Burlington. Será durante este período cuando, gracias al aliento de Jorge Guillén, irá dando forma a los poemas que más tarde tomarán cuerpo definitivo en *Versos*, un libro donde el poeta, sabedor del final de su vida, volcará toda su experiencia espiritual y mística, abriendo los ojos a un mundo que se le escapa de entre los dedos, pero al que interroga sin acritud, contemplativamente, como ocurre en este impresionante poema:

EL LOTO DE KITANO⁵⁹

El loto en el lodazal
fugitivo de su cieno.
Silencio.
No se me acaba el sentir
de adentro.

El corazón que me late,
el tiempo.
El agua del olvido,
recuerdo.

⁵⁸ PIZARRO, Miguel: Op. cit, p. 153. El lector interesado podrá encontrarlo también en PIZARRO, Miguel: *Poesía reunida* (Bca. de la Huebra, 2005).

⁵⁹ PIZARRO, Miguel: Op. cit, p. 132. El lector interesado podrá encontrarlo también en PIZARRO, Miguel: *Poesía reunida* (Bca. de la Huebra, 2005).



La pena que me limpia,
anhelo.
El barro de mi carne,
el suelo
de un sueño.

El loto en el lodazal,
ya distante de su cieno,
tan alto y blanco,
puro y sereno.
Silencio.

Versos no verá la luz sino después de su muerte, en la Málaga de 1961, y en unas imprentas, las de Bernabé Fdez. Ganivell, emblemáticas para la poesía española del siglo XX. Al mismo tiempo escribe su *Auto de los despatriados*, obra en la que Pizarro muestra su espíritu sincrético, al tiempo que revive el tremendo drama interior de todo despatriado. Su muerte tiene lugar en la ciudad del Hudson el 10 de enero de 1956, pero aún tendrá que esperar cuatro años para ver publicado su primer libro de versos y algunos más hasta que el *Auto de los despatriados* vea la luz en Colombia.

Hemos llegado al final de este relato humano en el que pretendíamos ofrecer de primera mano el enorme sacrificio personal, así como las hondísimas cicatrices que en cada uno de estos ocho escritores dejó la guerra civil. Lo que finalmente importa -o me importa a mí- es que de cada uno de los autores que figuran en estas páginas quedan los textos que nos permiten entender la encrucijada personal de otros tantos millones de seres que se vieron arrojados al infierno de una guerra que los azotó, los desgarró y los condenó de por vida. Nadie, ni siquiera los niños⁶⁰, pudieron salvarse de aquel fracaso colectivo, porque qué es un conflicto bélico sino un fracaso, que acabó marcando a sangre y fuego el devenir de un país y de un pueblo que fue prematuramente condenado por las sombras de la guerra, de la represión y de la desmemoria.

⁶⁰ También los llamados *niños de la guerra*, fueron marcados indeleblemente por la explosión de crueldad y sinrazón que supuso la contienda. Bástenos mencionar algunos de los escritores serranos que, siendo aún niños, hubieron de sobrevivir a estos acontecimientos: Carlos Muñiz, Rafael Vargas, Carlos Sánchez, Aquilino Duque, Rafael Montesinos, Juan Delgado, Rodolfo Recio, Francisco Carrasco... pero esto ya parece objeto de otro análisis.

BIBLIOGRAFÍA:

En esta bibliografía nos limitaremos a incluir las obras reseñadas de los autores estudiados. Hemos utilizado la bibliografía de Uberto Stabile *DICCIONARIO LITERARIO DE LA PROVINCIA DE HUELVA (Catálogo de obras y autores literarios de Huelva y provincia, del siglo XVI al XXI)*. Ed. Dip. Prov. de Huelva, Huelva, 2006.

ARCENSIO, JESÚS

Treinta sonetos. Ed. Inst. de Estudios Onubenses (Huelva 1975). Con dibujos de José M^a Franco.

12 poemas (En colab. con el pintor Miguel Díaz). Ed. Celacanto (Huelva 1990).

Poesía completa. Ed. Dip. Prov. de Huelva / Librería Siglo XXI (Huelva 1997). Ed. a cargo de José Baena Rojas.

Poemas y cantares. Ed. Diario La Voz de Huelva (Huelva, 1999).

Sueño y costumbre (antología poética) Ed. Huebra (Jabugo, 2002). Ed. a cargo de Manuel Moya.

FLORIDO, DANIEL

Mi ruta. Ed. Bahía (Algeciras, Cádiz 1972).

Antología del recuerdo. Ed. Almoraina (Algeciras, Cádiz 1980).

De cristal Ed. Bahía (Algeciras, Cádiz 1995). Edición a cargo de M. Fdez. Mota.

GARCÍA- GILL, GABRIEL

En la plaza del hombre. Ed. Ágora (Madrid 1960).

La fuente resurgida. Ed. Argos (Barcelona 1961).

Mañana no ha llegado. Ed. Rialp. Col. Adonais (Madrid 1963).

Retorno al hombre. Ed. Ed. Huebra (Jabugo, 2004). Ed. a cargo de Manuel Moya.

LABRADOR CALONGE, FERNANDO

Versos. Anticipo lírico de mis tres historias. Ed. Estanislao Maestre, (Madrid, 1941).

Altas Cumbres: versos de la serranía de Aracena. Talleres Tipog. la Gavidia (Sevilla 1947).

El alud de mis amores: versos. Ed. La Gavidia (Sevilla, 1948).

El afilador pasa Ed. Ed. Huebra (Jabugo, 2001). Ed. a cargo de Ángel Manuel Rguez. Castillo.

¡A los títeres tocan! (En colab. con Alejandro Collantes de Terán), Ed. Fund. El Monte, (Sevilla, 2002). Ed. a cargo de Aquilino Duque.

PÉREZ INFANTE, LUIS FERNANDO

La muerte de Durruti. Ed. Huebra (Jabugo, 2003). Ed. a cargo de Manuel Moya.

PIZARRO ZAMBRANO, MIGUEL

Versos. Ed Meridiano (Málaga, 1961). Con prólogo de Jorge Guillén.

Auto de los despatriados. Ed. Museo Rayo. Ed. Embalajes (Roldadillo, Colombia).

Poesía y Teatro. Ed. Dip. Prov. de Granada (2000). Ed. a cargo de Águeda Pizarro Rayo.

Flechas sin blanco. Ed. Dip. Prov. de Granada (2004). Ed. a cargo de Águeda Pizarro Rayo.

Poesía reunida. Ed. Huebra (Zafra, 2005). Ed. a cargo de Manuel Moya.

REQUENA DÍAZ, FERMÍN

Flores de mi tierra. Ed. Maucci (Barcelona, 1914).

Rincones de la Sierra. Ed. J.L. Arévalo (Sevilla, 1916).

Mercedes. Ed. Gráf. San Rafael (Antequera, Málaga, 1920).

Entre rosales. Ed. Francisco Requena (Aracena, 1920).

Horas fugaces. Ed. Francisco Requena (Aracena, 1930).

La ciudad histórica. Ed. Antonio Roca (Algeciras, Cádiz 1930).

Atardecer. Ed. Gráf. Unidas (Antequera, Málaga, 1952).

Añoranzas. Ed. Gráf. San Rafael (Antequera, Málaga 1958).

La Virgen y el Pastorcito: (leyenda popular). Ed. de autor. Gráf. N^a Sra. de Gracia (Archidona, Málaga 1961).

Provincianas. Ed. autor. Gráf. San Rafael (Antequera, Málaga 1968).

María de los Santos. Ed. autor. Gráf. San Rafael (Antequera, Málaga 1970).

Flores antequeranas. Ed. autor. Graf. San Rafael (Antequerana, Málaga 1971).

Íntimas: (poesías). Ed. autor. Graf. San Rafael (Antequerana, Málaga 1971).

Siguiendo la estela. Ed. de autor. Gráf. San Rafael (Antequerana, Málaga 1973).

Flores escogidas. Ed. Huebra (Jabugo, 2001). Ed. A cargo de Rodolfo Recio.

Mohammed. Ed. La Novela Africana (Melilla, 1924).

Una mujer sin corazón. Ed. La Novela Africana (Melilla, 1924).

El Milagro. Ed. La Novela Africana (Melilla, 1930).

VÁZQUEZ, JOSÉ ANDRÉS

Ese sol, padre y tirano. Ed. Impr. Arévalo (Sevilla, 1909).

Aires de la Sierra. Ed. Maucci (Barcelona 1910).

Cuentos de polichinelas. (1914).

La misa de los quintos. (1914).

Cartas andaluzas. (1918).

Epistolario Bético: 1917. Ed. El Imparcial (Madrid, 1918).

Epistolario Bético: 1918. Ed. El Imparcial (Madrid, 1919).

Misterio del dolor. Ed. La novela del día (Sevilla 1924).

El verdadero camino. Ed. Impr. F. Requena (Aracena, 1927).

Fruto en sazón. Ed. Juan Mejías (Sevilla, 1931).

Títeres en la Plaza. Ed. Juventud (Barcelona, 1936).

Armas de Caín y Abel. Ed. Establec. Cerón (Cádiz, 1938).

Héroes de otoño. (Madrid, 1939).

El nieto de Don Juan. Ed. Juventud (Barcelona, 1942).

Títeres en la plaza. El nieto de D. Juan. Ed. Impr. Prov. (Sevilla, 1954).

Ese sol, padre y tirano. Ed. Andaluzas Unidas. (Granada, 1984).

Mala semilla. Ed. Impr. Velasco (Madrid, 1907).

Recurso legal. (Sevilla, 1907).

Frine la Cortesana.

La madre de Nerón.

Con cadenas de oro. Ed. Impr. Giménez Vacas (Sevilla, 1922).

Romero junto a la ermita: comedia de pueblo en tres actos. Ed. SGAE (Madrid, 1955).

Artículos. Fund. Blas Infante & Ayto. de Aracena, Sevilla, 1984. Ed. a cargo de Manuel Ruiz Lago y portada de José M^a Franco.